El Rincón de Haika:

El Amor romántico perjudica seriamente la Igualdad



Coral Herrera Gómez

"Hasta ahora nadie ha pensado ni ha calculado lo que en el ámbito de la economía nacional se ha gastado y se sigue consumiendo en fuerzas, recursos y dinero por culpa de las crisis de la pareja, de las angustias del amor y de los esfuerzos para superar el dolor. Pero, a pesar de la falta de datos y de números concretos, se puede concluir que, para la economía nacional, la separación se ha convertido en un problema que absorbe una parte considerable del producto interior bruto".
Jaeggi y Hollstein (1985)

"Toda mujer tiende a identificar el ritual amoroso con la posibilidad objetiva que se le presenta de lograr su propio ascenso social gratuito, sin recíproca responsabilidad alguna de su parte. Es la magia del amor. De ahí que para la mitología femenina, la boda sea el ritual que representa simbólicamente las oportunidades de éxito social, y eso aún hoy".
ENRIQUE GIL CALVO

"El amor, o el amor organizado socialmente (como una actividad creativa y práctica interhumana), es de hecho el tercer tipo principal de poder que mueve la historia y que, por ello, debe considerarse su significación teórica y tomarse seriamente como tal. En nuestra sociedad, el amor humano ha obtenido, especialmente durante la última mitad del siglo, un rango comparable al del trabajo humano en el siglo XVIII".
Anna Jonasdóttir, 1993.

"Durante el proceso de socialización aprendemos cómo debemos sentirnos cuando estamos enamorados, cuándo debemos enamorarnos, qué características son deseables en el otro para enamorarnos de él (sexo, edad, clase social, estado civil, atractivo físico, actitudes), cuales son las pautas y el ritmo de seducción adecuados, qué se espera de la gente cuando se enamora, los lugares en los que uno se enamora, etc. Aprendemos cuáles son las pautas normativas y cuáles las desviadas, y a la vez que soportamos el control social (presión hacia el cumplimiento de las normas implícitas y sanción de las desviaciones a esas normas) nos convertimos también en agentes de control social de los demás, y de nosotros mismos".
Carlos Yela García, 2002.

"Raras son las mujeres que no han soñado con el "gran amor", raras las que, en un momento u otro de su vida, no han expresado su amor por el amor. En la mujer se confirma una necesidad de amar más constante, más dependiente, más devoradora que en el hombre". **Gilles Lipovetsky**

El Rincón de Haika: ***Amor romántico: Lo personal es político. La dimensión socioeconómica de los afectos.***

http://haikita.blogspot.com/



Coral Herrera en las redes:

El rincón de Haika en Facebook

Coral Herrera en Facebook

@coralherreragom en Twitter

Coral en Google+

Contacto: koriakino@gmail.com

bio Coral



Coral Herrera Gómez

Community Manager en UNESCO Oficina Multipaís Centroamérica en Costa Rica

Doctora en Humanidades y Comunicación por la Universidad Carlos III de Madrid. Especialidades: Teoría de Género y Teoría de la Comunicación Audiovisual.

Madrileña de nacimiento, resido en Costa Rica. Soy comunicadora, escritora, blogger, docente, investigadora: mi currículum se caracteriza principalmente por la multidisciplinariedad. Poseo una sólida formación académica en el ámbito de la comunicación, las ciencias sociales y las humanidades; pero también tengo formación artística y experiencia laboral en el mundo del teatro y el cine, una trayectoria sólida como escritora, una larga experiencia docente, y multitud de vivencias personales, culturales y sociales que conforman mi trayectoria curricular.

escritora

He publicado dos libros:

"*La construcción sociocultural del Amor Romántico*" Editorial Fundamentos, 2011.

"Más allá de las etiquetas. Feminismos, Masculinidades y Queer", Editorial Txalaparta (2011).





Mi tercera publicación se titula "***El romanticismo patriarcal en el cine dirigido por mujeres***", en un libro colectivo y digital editado y publicado por Ilpes Elkartean, una Fundación cultural de navarra (España).



25 Muestra Internacional de Mujeres y Cine de Pamplona, Ilpes Elkartean, y se puede descargar gratuitamente en este enlace: **http://www.muestracineymujeres.org/**

docente

He impartido clases en la **Universidad de la Sorbona** (París IV), en la **Universidad Carlos III de Madrid** y en la **Universidad Nacional de Costa Rica,** y durante mis años de estudio me dediqué a dar clases en Centros de Formación, Academias, clases particulares de Ciencias Sociales e Inglés.

blogger

Escribo un blog desde 2007, El Rincón de Haika, en el que publico reflexiones, reportajes, y artículos sobre diversos temas, pero especialmente escribo en él sobre el amor romántico, las relaciones humanas, la construcción de las identidades de género, el movimiento LGBTI, los feminismos, las masculinidades y el Queer (Kuir). Es un lugar de reflexión, un sitio para analizar la realidad social y nuestra cultura amorosa, para deconstruir los mitos tradicionales, poner al descubierto la arbitrariedad de los estereotipos y la división sexual de roles, y reflexionar en torno a las estructuras amorosas occidentales y las utopías románticas de la posmodernidad.

C*ommunity manager*

Como Community Manager poseo una amplia experiencia en edición y redacción de textos, en la creación de blogs y la dinamización de las redes sociales (Facebook, Twitter, etc) en el entorno 2.0. Mi trabajo más reciente ha sido con UNESCO Centroamérica, pero también he trabajado para editoriales.

Colaboro habitualmente con Mujerpalabra.net, un espacio feminista de pensamiento crítico y comunicación, y con revistas digitales como UNA, o plataformas institucionales como Igualaté. En el ámbito internacional, he publicado en Uruguay (LR21), Chile (El Ciudadano) y Guatemala (Grupo de Mujeres Ixchel).

mis cursos y talleres

1. Análisis de los mitos románticos, los estereotipos y roles de género en nuestra cultura audiovisual

2. El amor romántico desde una perspectiva de género

3. Hombres, Mujeres y Trans: análisis y crítica de la diferencia como factor de desigualdad. Construcción de las Identidades más allá de las etiquetas.

Los cursos están diseñados flexiblemente, para adaptarse a las necesidades de las instituciones educativas u organizaciones sociales, de modo que pueden ajustarse al formato de:

- **Curso Académico**, de carácter teórico (con una duración de 10 o 20 horas),

- **Taller** (de 1 día o 1 semana de duración, con una orientación más práctica),

- **Charla-conferencia** (2-3 horas).

Estos tres cursos están pensados desde la perspectiva de género y el análisis crítico de nuestra cultura a través del análisis del arte y las producciones audiovisuales.

Han sido impartidos en la Universidad Carlos III de Madrid, y tuvieron muy buena acogida dada la multidisciplinariedad del enfoque investigador (el alumnado adquiere conocimientos de áreas diversas como la Sociología del Conocimiento, la Antropología Social y Cultural, la Literatura Española, la Semiótica y la Teoría de la Comunicación Audiovisual, los Estudios Culturales) y la transversalidad de género, con incursiones en la Teoría Feminista, los Estudios de Masculinidad, y la reciente Teoría Queer.

Introducción: El amor romántico perjudica seriamente la igualdad



Las historias de amor romántico siempre acaban en el día de la boda boda, pero nunca se nos cuenta cómo está Blancanieves después de cinco años de matrimonio y trabajando igual que como lo hacía cuando estaba con los 7 enanitos. La imagen del príncipe tomándose su birrita mientras ve el partido, completamente ajeno al mundo familiar, es lo contrario de lo que nos habían vendido. Miren qué cara de poca felicidad tiene la muchacha…

No nos cuentan qué hay después de la boda porque no es el paraíso de armonía que nos habían prometido. No es la fuente de felicidad absoluta, y pronto nos damos cuenta de que el amor está mitificado en nuestra cultura. Ocultando los problemas, el mito permanece siempre puro e incorruptible ante el paso del tiempo; su función, entre otras, es que todo siga todo tal y como está. O sea, los hombres viendo el fútbol o leyendo el periódico, y las mujeres asumiendo toda la carga doméstica y el cuidado de los bebés.

El amor romántico perjudica seriamente la igualdad, porque sigue representando a los hombres y las mujeres como seres diferentes con roles opuestos pero complementarios. El modelo masculino son príncipes azules activos, fuertes, protectores, y a las mujeres se nos representa como princesas débiles, sensibles, y desprotegidas. Se nos educa para el amor, para que deseemos ser amadas por encima de cualquier cosa, para que se nos meta en la cabeza la idea de que solas no somos nada. Por ello se dice que el día de la boda es el más importante en la vida de las mujeres, que si no logran marido parecen no triunfar socialmente.

A los hombres en cambio se les mutila emocionalmente para que no muestren sus sentimientos en público, para que disfruten de su libertad y huyan de las mujeres hasta que no les quede más remedio que asentar la cabeza y formar una familia.

El peligro de este modelo romántico está en los hombres que asumen sus privilegios de género dentro de la pareja y que someten a sus compañeras a diversas humillaciones, tantos físicas como verbales. El maltrato que soportan las mujeres es mayor cuanto mayor es la dependencia afectiva y económica, y cuanto mayor es su capacidad de autosacrificio en pro de la armonía y felicidad del marido y los hijos.

Las mujeres jóvenes se casan pensando que serán felices y comerán perdices, seducidas por el mito del amor romántico como fuente de salvación, pero pronto tendrán que asumir su doble explotación (laboral y doméstica), y su papel de criadas del hogar no les deja mucho margen para dedicarse a sí mismas. De este modo, y siempre en nombre del amor como un sacramento en sus vidas, las mujeres son educadas para soportar no solo la carga de trabajo, sino también para que sean sumisas al marido,**lo que descompensa totalmente el amor como un espacio de intercambio recíproco de cuidados y cariño.**

Si bien socialmente esta división de roles dentro de la pareja amorosa va cambiando paulatinamente, gracias al avance del feminismo y a las políticas y las leyes de igualdad, los cuentos que nos cuentan siguen siendo los mismos. Películas, canciones, novelas, series de televisión, siguen repitiendo hasta la saciedad el mismo modelo de dependencia amorosa heterosexual, dual, monogámica, como la quintaesencia de la felicidad. Por eso **es necesario inventar otros cuentos, desmitificar el modelo tradicional basado en la posesión y el binomio dominador-dominada, inventarse otras formas de relacionarse, y abrir el abanico de posibilidades afectivas, sexuales y amorosas hasta el infinito.**

Coral Herrera Gómez

La construcción social del amor

"Tenemos que comprender el amor; tenemos que ser capaces de enseñarlo, crearlo, predecirlo o el mundo será vencido por la hostilidad y el recelo"
Maslow

1 *La construcción social del amor*



¿Tienes novio ya?. Es una pregunta muy corriente entre los adultos y las niñas de 4 o 5 años de edad. Siempre se hace en tono de broma, como para avergonzar a la niña o al niño, pero tiene un significado muy profundo. La pregunta encierra una trampa muy concreta que se pone al descubierto cuando la niña dice tener dos novias o el niño presume de tener cuatro novios. La pregunta se hace en singular porque no se espera que los niños salgan homosexuales y las niñas poliamorosas, y se hace siempre con la figura del amado/a una oposición de género: a la niña le preguntan por su novio, al niño le preguntan por su novia. La palabra "ya" indica que en algún momento tendrá que empezar a imitar a los adultos en esa costumbre de emparejarse de dos en dos, siempre con alguien del sexo contrario. Y que cuanto antes lo haga, mejor.

Así es como se construye socioculturalmente el amor erótico, pasional o romántico. A través del lenguaje, de las bromas, de las preguntas que nos encajan en reducidas respuestas. No solo los chistes, también los refranes, los dichos populares, las canciones, y las normas morales van creando una imagen precisa de lo que es o debe de ser el amor romántico. Para ello, las sociedades discriminan entre lo que consideran correcto o incorrecto, normal o anormal, y lo convierten en un valor universal, de origen divino.

La labor de crianza y educación, la socialización, la internalización de las normas es la primera etapa de integración a la sociedad. Los niños y las niñas aprenden pronto lo que es "natural", lo que es "normal", y lo que se considera una aberración y un escándalo social. Ellos extraen las estructuras aprendidas y las aplican a la hora de percibir y entender la realidad; serán premiados o castigados según se desvíen de la norma.

Estas normas se van creando bajo una ideología. Cada sistema social tiene su ideología, sus costumbres, sus tradiciones, su filosofía, su arte, su propia cultura. En el caso de la cultura occidental la ideología envolvente que configura nuestra sociedad es el patriarcado.

El amor romántico es patriarcal porque está construido bajo la lógica del pensamiento binario que divide la realidad en dos grupos opuestos: la noche vs el día, lo malo vs lo bueno, lo masculino vs lo femenino, la luz vs la oscuridad. Se nos educa bajo la premisa de que hombres y mujeres somos diferentes y se nos enseña a adquirir unos determinados roles según el grupo al que pertenezcamos.

En nuestras sociedades capitalistas y patriarcales, el amor *normal* es heterosexual, monogámico, adultista, coitocéntrico, con un máximo de dos miembros, opuestos entre sí, pero complementarios. Todo aquel que se desvía de la norma es considerado promiscuo, vicioso/a, raro/a, enfermo/a mental, loco, extravagante, pecador/a.

Por eso los miembros de las sociedades tratamos de ajustarnos a la norma, para poder integrarnos en las comunidades sin problemas. Por eso nuestra realidad está compuesta por el lado luminoso, aquello que se muestra en sociedad (afectos *normales*, relaciones *normales*, personas *normales*) y aquello que no se visibiliza (adulterio, prostitución, diversidad sexual, gustos sexuales *raros,* participación en orgías, segundas familias, etc).

En base a la identidad de género aprendemos no sólo a ser lo que se espera que seamos, sino que además aprendemos a relacionarnos con el otro grupo. Generalmente establecemos relaciones de dominación y sumisión, como en el resto de las relaciones sociales, a excepción quizás de la amistad.

Nuestras relaciones amorosas son desiguales, pero además establecemos unas jerarquías absurdas basadas en la intensidad de los afectos o el grado de compromiso: nos enseñan a diferenciar entre sexo y amor, cariño y pasión, amistad o romanticismo, aventuras de una noche loca o el amor de tu vida. Jerarquizamos los afectos, de modo que unas personas merecen la pena y otras no. A unas se las utiliza y a otras se las respeta. Unas son unas putas y otras son unas santas. Uno es el padre de mis hijos, y los demás "son todos iguales".

Los amores que rompen las barreras de la etnia, el idioma, la religión, la clase socioeconómica, la edad, y tabúes fundamentales como el incesto, se enfrentan radicalmente al qué dirán. Al ostracismo social, al escándalo, al tribunal, a la cárcel o a la muerte. Dependiendo del país donde vivas, tendrás mayor o menor libertad para enamorarte y vivirlo.

A pesar de las constricciones sociales que condenan el adulterio y la diversidad, son muchos los que se complican la vida y se lían con quien menos deben; los seres humanos amamos lo prohibido. Nos encanta el reto, el desafío, la clandestinidad, y nos arrojamos a pasiones inconvenientes porque nos gusta sentirnos vivos.

La sociedad nos presenta un abanico reducido de posibilidades para enamorarnos: no se nos permite acostarnos con ex novios, ni con las novias de nuestros amigos, ni con los primos, ni con los compañeros de trabajo. Solo se puede estar con una persona, practicar la mongamia sucesiva: una pareja detrás de otra. Pero ir más allá de esta

monogamia, o romper con las tradiciones en general, es demasiado costoso en términos emocionales y psíquicos. Por eso en vez de rebelarnos, nos ocultamos, mentimos, hacemos dobles vidas, o triples si es necesario.

Afortunadamente ya es mucha la gente que comienza a romper con estas jaulas que nos aprisionan. Poco a poco la gente sale de sus armarios, y se atreve a probar, a experimentar. Es inevitable, si el sistema amoroso es demasiado rígido como el nuestro, que la gente vaya rompiendo límites antes sagrados. En solitario o en compañía, pero la gente se mueve.

La razón por la que el amor está tan oprimido es porque el capitalismo y el patriarcado necesitan que la gente se junte de dos en dos, no de ocho en ocho. Que la gente se encierre en sus hogares y creen familias de dos o tres hijos. Que tengan capacidad adquisitiva y de ahorro. Que consuman todos los productos, que se aten a sus sueldos, que produzcan y se reproduzcan en un orden. La lógica de la familia tradicional, ya reducida solo a padres, madres e hijos/as, está basada en el individualismo feroz que evita que la gente se desparrame por las calles y que logra que todo siga como está.

Lo hijos e hijas del amor romántico harán lo mismo que sus padres: nacer, crecer, consumir, enamorarse, trabajar y reproducirse. Y enseñarán a sus hijos e hijas como es el mundo y como deben comportarse si quieren ser aceptados (no te toques ahí en público, no abras las piernas, no te saques mocos, no digas palabrotas, sientaté bien, estudia, obedece a los mayores).

El placer ha sido un pecado, el cuerpo un lugar de represión del deseo y los afectos. El erotismo está constreñido a la pareja y a la reproducción, y al placer visual de imágenes pornográficas en la publicidad. La gente se casa y se encierra; ese es el objetivo final. Que no haya gente en las plazas, que no haya grupos de amor, que el sexo no descoloque el ritmo diario de los y las trabajadoras, que el amor no desborde el dúo. El dúo tiene que consumir en los centros comerciales y trabajar durante toda la semana; no podemos enloquecer de amor, como decía Freud, porque toda la sociedad se vendría abajo.

El amor es una construcción social y cultural que nos presenta unos modelos a seguir. Esos modelos están basados en la pareja heterosexual, porque es en ella donde se domestican las ansias de libertad, los miedos, el deseo, donde todo se doma, se somete, se define y se clasifica. La estabilidad conyugal nos otorga calma, nos da seguridad, nos pone la vida más fácil.

La soltería esta penada socialmente: se considera que alguien es "raro" o que no ha tenido suerte en la vida si no se casa. Además, la soltería sale cara. Es más barato juntarse de dos en dos, la pareja desgrava a Hacienda, hace frente al desempleo y los momentos duros formando un equipo frente al mundo. Los tríos que existen no suelen reunir a las tres familias a cenar los domingos, porque está muy mal visto en la sociedad que un tercero aparezca y rompa la dualidad sagrada en la que vivimos.

Casi toda la estructura capitalista gira en torno a la pareja heterosexual en edad reproductiva; todo se sostiene a partir de ella. La cultura mitifica e idealiza a la pareja feliz, y vende historias de amor para ser consumidas. Las parejas felices llenan los centros comerciales, sostienen la industria inmobiliaria, viven en la industria del

entretenimiento: todo el consumo pasa por estas parejas, que a lo largo de su vida compran niditos de amor, coches, joyas y flores, muebles para la casa, ropita y accesorios de bebé, etc.

La sociedad ha de cambiar la cultura y la cultura ha de cambiar la sociedad, creo, para que podamos crear un mundo más libre y diverso en afectos. Ahora mismo seguimos atrapados en unas estructuras basadas en binomios y etiquetas que reducen nuestro erotismo, que constriñen nuestro deseo, que imponen unas metas difíciles de cumplir.

A través de la cultura idealizamos este modelo de familia feliz formada por un papá, una mamá y unos hijos, porque nos lo ofrecen sublimado, mitificado como el colmo de la armonía, la felicidad y la paz. A pesar de las decepciones, son muchos los que se resignan al matrimonio como algo necesario, porque sirve para demostrar que uno ha tenido éxito reproductivo en la vida y para acallar rumores. Sirve también para mitigar la sofocante sensación de soledad de la ciudadanía individualista, para tener compañía en el camino de la vida, para integrarse con normalidad en la masa de gente anónima.

Asi pues, el amor romántico puede subvertir el orden patriarcal cuando se desvía del modelo de pareja ideal, o puede ser un mecanismo de control social por el cual las gentes se ven seducidas por la belleza del amor romántico. En este proceso de seducción se unen la cultura, el poder mediático, el poder económico y el poder político, porque lo que hacemos en la cama tiene consecuencias en la estructura social.

Hombres y mujeres luchan por liberarse de la opresión y del modelo amo-esclavo con el que nos hemos venido relacionando hasta ahora. Las mujeres se rebelan a la tradición masoquista del aguante, los hombres ya no quieren madres que los controlen, sino compañeras de vida con las que compartir. Muchos otros se rebelan a los cambios, se aferran a sus privilegios de género, o emplean la violencia para frenar el igualitarismo, pero los cambios son imparables y las luchas ya son globales.

Lentamente se está abriendo el campo amoroso a los gays y las lesbianas, que ahora pueden casarse en algunos países. Más allá de la normativización de la homosexualidad hay toda una diversidad de gente *rara* que crea mundos amorosos alternativos, que prueba otras formas de quererse, que busca romper ciertos límites, que inventa nuevas estructuras en las que construir una sociedad más amorosa y rica en matices.

Solo luchando contra las idealizaciones mitificadas de nuestra cultura, deshaciéndonos del miedo al qué dirán, jugando con los roles y las palabras, rompiendo techos y muros creados para oprimir el deseo y controlar el amor, lograremos crear una sociedad más justa, más igualitaria y más diversa. La lucha por los derechos de las mujeres empieza en las casas y en las camas, y después sale a las calles.

No me cabe duda de que mejorando nuestras relaciones sexuales y afectivas seríamos más felices, y ello podría transformar nuestra cultura y nuestra forma de organizarnos política y económicamente.

Encontraríamos, seguro, sistemas mucho más justos, no basados en la explotación de una mayoría por parte de otro grupo, como sucede con el patriarcado y el capitalismo. Por eso es importante entender, creo, porqué amamos así, porque vivimos en parejas, porque sufrimos tanto, porqué es tan complicado tener una relación hermosa y duradera. Entender por qué la gente enloquece de amor, porqué son capaces de

cualquier cosa por amor (separarse de su anterior pareja, cambiar de país, de trabajo, de vida. Y entender también porqué la gente invierte tanto dinero, recursos, tiempo y energía en alcanzar la utopía amorosa de la felicidad eterna.

Mientras soñamos despiertos con ella, el mundo necesita cambios urgentes. Para que haya un cambio real, las gentes han de abandonar sus paraísos individualistas basados en conseguir una pareja perfecta, y extender sus redes de afecto. Solo sobre la base de la solidaridad, la ayuda mutua, el cariño a la comunidad, podremos mejorar nuestro mundo.

La cultura ha de abrir sus horizontes y mostrarnos otras realidades amorosas hasta ahora invisibilizadas o marginadas. Es importante dejar atrás ciertos mitos basados en la diferencia y la complementariedad que solo promueven una dependencia mutua entre hombres y mujeres, y unas relaciones basadas en una pobreza conceptual que excluye completamente la diversidad de nuestro mundo.

Hay que rebelarse ante la tiranía de las etiquetas que nos discriminan, y a la represión de los sentimientos. Dejar atrás los mitos ancestrales, desmontar la nueva religión romántica que invade las pantallas y los anhelos de la gente, y crear un mundo con redes de afecto más extensas y diversas, construir lazos de solidaridad y ayuda mutua, organizarnos políticamente para cambiar unas estructuras que ya no sirven. De la cama a la calle, urge un cambio social.

2 La industria del amor romántico: el control social sobre nuestros sentimientos



Hay gente que me pregunta en mis charlas que **por qué se ha mitificado en nuestra cultura el amor** entre dos personas y para qué. Es decir, ¿cuál es la función social del amor?, ¿Tienen, las formas de querernos, alguna implicación en nuestra economía, en la organización social?.

Yo defiendo la idea de que nuestros sistemas de relación son productos de la ideología hegemónica sostenida por el poder patriarcal. Creo que **el amor romántico es un instrumento de control social al servicio del capitalismo** que sirve para limitar el amor de la gente y para evitar las colectividades amorosas y las redes de ayuda mutua entre grandes grupos.

La cultura occidental sigue idealizando el romanticisimo para seducir a las masas y para que todo el mundo quiera repetir el modelo de la pareja heterosexual convertida en matrimonio. **Las ventajas para el sistema capitalista y democrático son obvias**: si todo el mundo copia el modelo de familia nuclear tradicional el fin último del amor romántico, tendremos organizaciones familiares de pocos miembros, con poder adquisitivo para poder consumir desenfrenadamente.

El consumismo es un estilo de vida impuesto culturalmente para que el capitalismo funcione, y nuestras formas de vivir, basadas en el derroche y la filosofía del *usar y tirar*, también influyen en nuestros modelos amatorios, por el ansia de posesión y exclusividad, y el abandono cuando ya no se siente esa adrenalina, ese vértigo brutal (much@s confunden la pasión con el amor).

El principal beneficiado es el sistema patriarcal, dado que permite que las mujeres sigan pensando que solo serán felices si tienen a un hombre al lado. El amor romántico sigue perpetuando esas relaciones de necesidad y dependencia mutua porque sigue exportando unos roles y estereotipos contrarios entre sí que sirven para que todo siga como está.

El amor romántico se ha vendido a la población moderna durante dos siglos como estado civil ideal cuyo *lógico* fin ha sido la formación de una familia nuclear tradicional. En el siglo XIX el amor se asoció a la tarea reproductiva femenina, se enmarcó en un espacio concreto (el dulce hogar), se instituyó como rito social (la boda), se perpetuaron las normas de la moral cristianas (fidelidad, convivencia, exclusividad, responsabilidad), y se consolidaron unas costumbres sociales que presentaban el matrimonio y la familia patriarcal como instituciones *naturales*.

Además, no solo el sistema sociopolítico se beneficia de esta organización en dúos, sino también el económico. Solo piensen en la cantidad de empresas que se benefician de esta utopía colectiva:

-La **Iglesia católica** (que en teoría no cobra por las ceremonias religiosas, pero que siempre acepta donaciones).
- **Agencias de contacto**s que, especialmente a través de Internet, median en el proceso de búsqueda de pareja.
- **Pensiones, hoteles, hostales** y bares en los que se desarrollan los amores en sus inicios.
- Empresas que organizan **despedidas de solteros y solteras** (cenas, traslados de invitados, baile, etc.).
- **Sex Centers, Sex Shop**s y tiendas de juguetes para adultos en los que comprar regalos para despedidas de soltero y soltera.
- Bailarines/as, Strippers, Go Gós, prostitutas y prostitutos que intervienen en despedidas de solteros de ambos sexos.
- Restaurantes, hoteles, salas de fiesta y **salas de banquetes de boda.**
- **Industrias de la moda**: vestidos de novias, de novios, padrinos e invitados.
- **Joyerías.**
- **Agencias de viajes** de lunas de miel.
- Tiendas de confección e impresión de **invitaciones y regalos** para dar en las ceremonias a los invitados.
- **Floristerías.**
- **Empresas de fotografía y vídeo** que llevan a cabo los reportajes de las celebraciones nupciales.
- Los bufetes de abogados, que gestionan los acuerdos pre y post-matrimoniales.
- Los gabinetes de psicólogos y terapeutas, que tratan el mal de amores y los sucesos sentimentales traumáticos como los divorcios.

Más allá de las industrias de las bodas:

- **Tiendas de regalos** para enamorados que hacen su agosto el 14 de Febrero, día de San Valentín.
- **La Industria inmobiliaria** (que proporciona a los recién casados su nidito de amor, comprado o alquilado)
- **La banca,** que proporciona hipotecas y créditos para la obtención del *nidito de amor*.

A esta cantidad de empresas habría que sumar **las industrias culturales,** que venden repetitivamente en sus productos (canciones, cuentos, revistas, novelas, poemas, películas, series de ficción, programas televisivos, concursos, etc.) el mito del amor romántico.

Y también, por supuesto, **la Industria de la Familia**, compuesta por:
• Empresas que comercializan ropa de bebé y todos los productos asociados al mundo infantil: chupetes, pañales, leche en polvo, carrito, cuco, bañera, sillita para el coche, maxicosis, tetinas, biberones, baberos, toallitas, cremitas, colonias, etc.)
• Tiendas de juguetes.
• Industria de la educación: libros de texto, uniformes, material escolar…
• Industria automovilística: casi todas las familias de clase media poseen monovolúmenes con DVD para cada asiento infantil.

• Industria del ocio y el tiempo libre: grandes parques temáticos, zoos, aquariums, teatro infantil, musicales infantiles, campamentos de verano, y tecnología infantil y adolescente (videoconsolas, ipods, teléfonos móviles, ordenadores portátiles, etc.)

De este modo, podemos ver que **gran parte de la economía occidental está basada en la industria del amor:** el consumismo está orientado sustancialmente a esta pareja ideal monogámica que funda una familia y adopta el consumo como estilo de vida. El consumismo se nos ofrece a través de los medios de un modo idealizado y unido a promesas de autorrealización y vida sexual y sentimental plena; pero a pesar de que genere frustración, es evidente que es efectivo, porque funciona. No hay más que darse una vuelta por los centros comerciales los fines de semana, verán qué tipo de personas pasean por ellos: parejas, parejas con hijos, adolescentes buscando pareja…

Otro detalle a tener en cuenta es que **la sociedad penaliza económicamente a las personas solteras.** En España, por ejemplo, casarse conlleva una serie de ventajas fiscales que no poseen la carga económica de los impuestos que pagan los solteros. En las épocas de bonanza económica o de desarrollo del Estado del Bienestar, ha sido relativamente fácil para los ciudadanos vivir solos; el individualismo entonces fue factible porque la clase media tenía sueldos signos que les permitían independizarse.

En la actualidad, con la crisis, **la independencia sólo es posible en pareja**, porque normalmente los habitantes de las grandes ciudades destinan un sueldo a pagar la hipoteca o el alquiler y otro para vivir.

Así, no sólo el sistema simbólico propicia el amor romántico entre hombres y mujeres heterosexuales, monógamos y adultos, sino que también es promovido por el sistema legislativo, el fiscal y el económico: todo el sistema, en general, está configurado para la felicidad de las parejas, unidas para siempre bajo la bendición de Hacienda, de la Iglesia y del Estado.

3 El matrimonio: mito y contrato.



"El matrimonio es la tumba del amor salvaje"
Benedetto Croce.

El siglo XIX puso de moda el matrimonio. Hasta entonces, casarse era una práctica exclusiva de las clases poderosas, que teniendo patrimonio, necesitaban legalizar un contrato económico entre dos familias que se unen a través de sus futuros descendientes. El matrimonio ha sido, tradicionalmente, una institución basada en el intercambio genético y la actividad reproductiva, y también en el intercambio de bienes y propiedades del patrimonio familiar.

Los matrimonios, eran, pues, cosa de reyes y reinas, condes y condesas, marquesas y marqueses, vizcondes, etc. Eran actos públicos que tenían normalmente unas consecuencias políticas relevantes para los Estados y para la vida cotidiana de sus ciudadanos.

Mediante estos enlaces nupciales se configuraban y desconfiguraban los reinos, se cambiaban los mapas de la época, y se lidiaban los asuntos políticos de los gobernantes de cada país. **Ahora que los países ya no son propiedad de los monarcas, las bodas reales siguen manteniendo sin embargo su poder simbólico**, porque su visionado por televisión sigue vendiendonos un modelo de pareja muy concreto, heterosexual, mongámico e idealizado, manteniendo los sueños de mujeres que quieren ser princesas.

Y lo curioso es que desde sus inicios, y hasta el Romanticismo, **amor y matrimonio no tenían nada que ver.** El amor no ha sido nunca un requisito para la firma del contrato entre dos familias. De hecho, muchos autores defienden la idea de que **el amor ha sido siempre un fenómeno extramatrimonial, es decir, de carácter adúltero**; un ejemplo de ello es el amor cortés, del que aún conservamos restos en nuestra cultura amatoria.

En el matrimonio, las cuestiones económicas iban por un lado, y las cuestiones amorosas por otro. Ha sido así a lo largo de los tiempos hasta que cambió la

tendencia; **en la actualidad la mayor parte de las parejas se unen por amor** (en España, por ejemplo, el amor es citado en las encuestas como principal motivo para unirse legalmente a alguien).

Los primeros intentos de institucionalizar el matrimonio tuvieron lugar en Europa alrededor del siglo XII, en el seno de la religión cristiana. Según Amando de Miguel (1998), la poligamia comenzó a perder aceptación en el siglo VIII, y la monogamia fue abriéndose camino poco a poco, especialmente en la mayoría de las comunidades judías (excepto la española).

Por otro lado, **la práctica del concubinato era muy común en el mundo Mediterráneo**; tan común que no es raro encontrar verdaderos contratos de concubinato en los registros notariales de la Baja Edad Media, según Leah Otis-Cour (2000). En Italia toda una generación de juristas de Ferrara defendió su legitimidad, pero en Francia, Alemania e Inglaterra los tribunales eclesiásticos procesaban a los hombres que vivían en concubinato; muchos de estos casos acababan en matrimonio.

Según Otis-Cour (2000), en el Norte de Europa la mayoría de las relaciones de concubinato parecen haber sido equiparables al matrimonio; era incluso habitual que los amantes compartiesen sus propiedades como cónyuges. Cuando había hijos, sin embargo, se podían casar para evitar su bastardía o ilegitimidad. **Con el tiempo, el concubinato fue progresivamente degradado social y simbólicamente**; el siglo XV fue una época de endurecimiento progresivo de las normas morales, tanto por parte de las autoridades eclesiásticas como los intelectuales y las autoridades civiles.

Fue alrededor de los siglos XII y XIII cuando se instituyó el matrimonio como un sacramento indisoluble. Ahí comenzó la lucha de la Iglesia cristiana contra el concubinato, la poligamia y el incesto: el clero quería evitar la endogamia de los poderosos, que se casaban entre sí creando grandes concentraciones de tierras y riqueza.

Además se intentó que las clases populares adoptaran las mismas costumbres que las clases altas, pero como hemos visto, a la gente en la Edad Media no le gustaba casarse y preferían las **relaciones que se adoptan libremente sin la mediación de ningún factor externo como el Estado o la Iglesia**. Debido a las resistencias de la población , la Iglesia tuvo que ofrecer una razón convincente a los campesinos para que accedieran a regularizar su situación ante las autoridades religiosas, o al menos, una motivación que encubriera la necesidad de la Iglesia de tener presencia en todos los momentos importantes en la vida de las personas: nacimientos, uniones, entierros...

La teoría legitimadora del sacramento matrimonial se basó en **presentar el erotismo como pecado, condenando así la relación sexual fuera de la tarea reproductiva. Se hizo énfasis en el amor, que se erigió como factor importante entre los cónyuges.** Dado que iban a permanecer toda su vida unidos trabajando la tierra, lo mejor era que lo hiciesen en armonía, llevándose bien, respetándose mutuamente, cuidándose el uno al otro.

En el siglo XVIII, momento en el que la clase media adquirió protagonismo y aumentó en número, la nobleza y la burguesía acomodada no disimulaban en absoluto la conveniencia en el matrimonio. **Eduard Fuchs**, en su "Historia Ilustrada de la Moral sexual" (1911), aporta multitud de ejemplos que permiten documentar "*cuán cínicamente se prescindía en todas partes del más mínimo disimulo ideológico, evitándose el uso de la palabra amor en la boda, prohibiéndose incluso en ocasiones, como cosa risible y pasada de moda. (...) En el caso de la mediana y pequeña burguesía no podemos hablar de un cinismo semejante. Aquí el carácter comercial del*

matrimonio está cargado de embellecimiento ideológico. El hombre decía cortejar durante mucho tiempo a una joven, hablar únicamente de amor, ganarse el respeto de la joven cuya mano solicitaba y debía ganar su amor demostrando cuán digno era de ella".

Así vemos como cuando no se puede por la fuerza es mejor utilizar medios más sutiles: seducir a la mujer mitificando el amor y la figura de la feliz casada. El segundo paso fue la sujeción legal y económica de la mujer al hombre por medio del matrimonio. Esta realidad afectó sobre todo a la burguesía, porque los campesinos seguían labrando juntos la tierra y porque no tenían patrimonio que legar a sus descendientes.

El tercer estadio, el momento clave, sucedió cuando el libre consentimiento se instituyó como la base del matrimonio: es entonces cuando el amor y el matrimonio quedaron firmemente unidos. Los contrayentes empezaron a elegir pareja, y los cabezas de familia dejaron de decidir sobre el destino de las vidas de sus hijas e hijos; los hombres y las mujeres empezaron a elegir por su grado de afinidad y sus sentimientos. Gracias a esta libertad se constituyó el mito del amor legalizado, que invisibiliza por fin la dimensión económica del matrimonio y lo hace una práctica más sentimental que contractual.

Es cierto que **esta dimensión económica solo se tiene en cuenta cuando la gente se casa por amor con alguien de una clase social muy superior; entonces hay gente que emite sus sospechas**. Si un hombre de clase social baja se une a una mujer de clase alta los rumores sociales suelen ser: "se casa por dinero", "se casa por prestigio", "vaya braguetazo ha dado", etc. como sucede con **el novio de la duquesa de Alba,** con el que además de diferencia social y económica, se lleva más de treinta años. En el caso contrario, el ejemplo de la boda real del príncipe heredero español con una mujer de la clase trabajadora madrileña, muchos pueden pensar que él está enamorado, pero que ella es una mujer ambiciosa.

El amor posee una dimensión no sólo económica, sino también política: **la gente se siente atraída y se enamora de la gente con poder y recursos**. Es lógico en unas sociedades donde existe la propiedad privada, y donde la competición es la norma. Enamorarse de una persona con recursos, según los sociobiólogos, es una ventaja adaptativa que surge frente a la crueldad e injusticia de un sistema desigual en el que impera la *ley del más fuerte*.

La falta de autonomía femenina (a las mujeres burguesas no se les dejaba trabajar y los sueldos de las obreras han sido siempre inferiores a los de los varones) ha propiciado la dependencia económica de las mujeres en torno a sus padres o sus maridos. **El matrimonio ha sido siempre, hasta la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral, una forma de *salvación* porque ser elegida por un hombre implicaba tener asegurados los recursos para las mujeres y sus hijos e hijas**.

Quedarse *solterona* era una desgracia que minaba la autoestima de una mujer, porque se la señalaba como fracasada, rara, víctima social o lesbiana. En la sociedad patriarcal, las "señoras" tienen más estatus que las mujeres solteras, y **el anillo nupcial es un tesoro que los hombres patriarcales otorgaban a una mujer, pero no lo hacen con cualquiera ni a cualquier precio.**

En las películas de Hollywood siempre se representa a los hombres como eternos furtivos, seres que huyen al galope del compromiso hasta que por su

edad no les queda más remedio que asentar la cabeza junto a alguna mujer buena. Mientras, las mujeres buenas imponen el anillo como condición para estar juntos: **"yo te doy mi virginidad, tú me das el anillo"**. Es una tarea difícil (ablandar su corazón para que se deje querer y para que sepa valorar la ternura que ella le ofrece), pero en los *happy end* las heroínas lo logran con bondad, autosacrificio, discreción y sobre todo, lealtad.

Son muchos los relatos que nos han hecho creer que *el día más importante en la vida de una mujer* es el de su boda. Curiosamente, las mujeres casadas también se ilusionan con las bodas ajenas porque aunque su matrimonio no haya sido la panacea de la felicidad, siguen creyendo en el mito de que la mejor demostración de amor de un hombre es casarse con una mujer. De modo que las mujeres son más propensas a desencantarse con el matrimonio porque le ponen más expectativas que los hombres, que identifican menos las aventuras románticas con el compromiso nupcial.

Y sin embargo, a pesar de que el matrimonio aparece siempre como la máxima aspiración vital y profesional de las mujeres, creo que **no se han estudiado a fondo las ventajas del matrimonio para los hombres, que obtienen, creo, muchas más que las mujeres.** En el matrimonio tradicional, los hombres al casarse consiguen una asistenta doméstica que les cuida, que les da hijos, que les alimenta, que les viste, que les desnuda, que les espera en casa.

El problema radica precisamente en lo que cada uno espera del matrimonio. Ahora que las mujeres podemos trabajar y algunas pueden ser independientes económicamente, tener un hombre al lado ya no es suficiente razón para renunciar a la libertad de la soltería. Las mujeres dicen casarse por amor y desean una relación intensa, profunda y romántica, pese a lo imposible de mantener la pasión del inicio durante años. Cuando ésta decae por el paso del tiempo y la convivencia, existe una frustración que flota en el ambiente conyugal, un malestar al hacerse evidente que la armonía y la felicidad matrimonial son un cuento que nos han contado.

En la actualidad, son las mujeres las que interponen las demandas de divorcio, y son muchas las personas que vuelven a enamorarse de nuevo, y a casarse de nuevo, creyendo que por fin ha encontrado el amor eterno que no se agota ni decae. **Esta utopía del matrimonio como fuente de felicidad es paradójica, porque todo el mundo conoce las cifras de divorcios y separaciones, pero no parece que desistamos en nuestra idea de encontrar a la media naranja, a la persona ideal, a la pareja perfecta que nos colme por completo y para siempre.**

Según Denis de Rougemont (1976) la característica más peculiar del matrimonio en el siglo XX fue que **trató de conciliar amor romántico con el matrimonio, cuando son conceptos contrarios entre sí, porque el amor pasional caduca y el matrimonio está concebido para durar para siempre**. El matrimonio ofrece estabilidad, seguridad, una cotidianidad, una certeza de que la otra persona está dispuesta a compartir con nosotros su vida y su futuro. El amor pasional en cambio es un amor basado en la contingencia, el miedo a perder a la persona amada, el deseo de poseer lo inaccesible, el delirio arrebatado, el éxtasis místico, la experiencia extraordinaria que nos trastoca la rutina diaria.

Es por esto que existe la **crisis del matrimonio burgués**, avalada por la cantidad de divorcios que se producen, según De Rougemont. Muchos depositan unas esperanzas pasionales en el amor domesticado que no casan con la realidad; a causa de estas expectativas surge la frustración. **A los seres humanos nos cuesta resignarnos a la idea de que no se puede tener todo a la vez: seguridad y emoción,**

estabilidad y drama, euforia y rutina. Por eso creo que no hay crisis, sino al revés, que el matrimonio hoy es un acto masivo; incluso gays y lesbianas se suman masivamente a la praxis nupcial en los países donde se les permite hacerlo.

Pese a la idealización del matrimonio, éste es hoy en día un dispositivo más de consumo, un ritual sentimentalizado e idealizado que luego revela su verdadera dificultad, porque todas las relaciones humanas son dolorosas, difíciles, hermosas, rompibles, indestructibles, intensas, y complicadas.

Si además no somos seres perfectos, ¿cómo vamos a crear estructuras sentimentales perfectas?. El caso es que de utopías nos alimentamos….

4 El divorcio



Los datos de 2007 sobre los índices de divorcio en España se resumían así : por cada cuatro matrimonios que se realizan aquí se divorcian tres: "**Se produce un divorcio cada 3,7 minutos**, es decir, 16 cada hora, y 386 al día", según un informe del IPF.

Separarse, romper la unión, deshacer los lazos, ha sido y es un fenómeno corriente en la historia de la Humanidad, aunque según Barash y Lipton (2003) también es un fenómeno común en el reino animal. Las causas que los sociobiólogos han encontrado en el divorcio entre los animales tienen que ver con la incompatibilidad (conductual, genética, fisiológica) entre los miembros de la pareja, en cuyo caso la separación es juzgada como beneficiosa para ambos. Una visión alternativa, propuesta recientemente, es la llamada ***hipótesis de la mejor opción***, que sugiere que el divorcio es resultado de una decisión unilateral tomada por uno o los dos miembros de la pareja establecida, que aspiran a mejorar su situación.

Entre los humanos, **el divorcio es un fenómeno con una historia legal muy reciente. Hasta hace poco, las personas o permanecían juntas toda la vida, o su convivencia cesaba sin ningún tipo de bendición religiosa o reconocimiento legal o jurídico. En este sentido, el divorcio, igual que el matrimonio, ha sido siempre cosa de las clases altas.**

Según Helen Fisher (2007), el divorcio es frecuente "*en las sociedades donde tanto las mujeres como los hombres son dueños de tierras, animales, dinero en efecto, información u oros bienes valiosos o recursos, y donde ambos tienen el derecho de redistribuir o intercambiar sus patrimonios fuera del círculo de la familia inmediata. Cuando hombres y mujeres no dependen el uno del otro para la supervivencia, una pareja con problemas puede divorciarse, y de hecho a menudo lo hace*".

Esta correlación entre independencia económica y divorcio se verifica en numerosas culturas. Por ejemplo, entre los *yoruba* del África occidental son las mujeres quienes controlan el complejo sistema económico: manejan

el cultivo, transportan la cosecha hasta el mercado semanal, y venden la mercancía. Como resultado de esto, las mujeres traen a casa no sólo provisiones sino también dinero y artículos santuarios, lo que Fisher denomina **riqueza independiente**: "*Hasta un 46% de matrimonios yoruba terminaban en divorcio. La autonomía económica personal, pues, genera libertad para separarse*".

En cambio, **el divorcio disminuye en sociedades desiguales en los que la gente se relaciona en torno a la discriminación de género, es decir, cuando los cónyuges dependen unos de otros para la subsistencia:**

"*La más notable correlación entre dependencia económica y una baja tasa de divorcios se verifica en la Europa preindustrial y en todas las sociedades que trabajan la tierra con arado, como es el caso de la India y China. (...) Además, existe una ineludible realidad ecológica: las parejas de agricultores se necesitan para sobrevivir. Los agricultores estaban atados a la tierra, uno al otro, y a una compleja parentela que formaba una red inalterable. En estas circunstancias, el divorcio no era una alternativa práctica*"(Fisher, 2007).

Existen numerosas sociedades donde no se practica el divorcio, o donde es difícil conseguirlo, o donde ha sido prohibido por la religión y el poder político (los antiguos incas no lo practicaban, la Iglesia católica apostólica romana lo prohibió, en la religión musulmana solo puede divorciarse el hombre; la mujer solo puede ser abandonada). Para Fisher **la diferencia entre la sociedad occidental y otras es que existen comunidades que no hacen del divorcio una cuestión moral**, aunque entiendan que es un proceso doloroso y difícil:

"*Si dos personas no pueden vivir juntas armoniosamente, mejor será que se separen*" es el lema de los *engoles* de Liberia.

En el cristianismo, al principio los padres de la Biblia tenían las opiniones divididas acerca del tema del divorcio, a pesar del consejo de Jesús en torno al matrimonio: "Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe". No obstante algunos pasajes de la Biblia enviaban mensajes contradictorios y algunos eruditos piensan que los primeros cristianos tenían el derecho tanto legal como religioso divorciarse de su esposa por adulterio o por no ser creyente.

El divorcio sin embargo nunca fue común entre los cristianos agricultores, ni antes ni después de la decadencia romana, según Fisher (1992). "*No todos nuestros antepasados labriegos creían en Dios. No todos esos hombres y mujeres formaban parejas felices. A no todos ellos les entusiasmaba la idea de volver a casarse. Pero la inmensa mayoría de esas personas vivan del sol y de la tierra. Los labriegos estaban uncidos a sus tierras y a sus parejas… para siempre*" (Fisher, 1992).

Se piensa que **San Agustín** fue el primer líder de la Iglesia que consideró el matrimonio un sacramento sagrado, y con el paso de los siglos prácticamente todas las autoridades cristianas determinaron que **el divorcio es impensable en cualquier circunstancia para los miembros de la Iglesia católica**.

Durante la Edad Media, la Iglesia trató de imponer su visión sobre la indisolubilidad del matrimonio y luchó contra el repudio de la mujer por parte del

esposo, según Leah Otis-Cour (2000): “*Se aceptó de manera creciente que sólo la Iglesia tenía jurisdicción en tales cuestiones. Una separación no era un mero asunto familiar, sino una cuestión que debía ser resuelta por los tribunales de la Iglesia, que se volvieron más uniformes y consecuentes en sus decisiones. Pero tuvieron que pasar muchas generaciones antes de que se impusieran en la sociedad las nuevas normas matrimoniales. En el mundo celta siguió existiendo el divorcio, y en la Península Ibérica el repudio de las mujeres”.*

Si en el pasado el matrimonio había sido un estado del que se podía salir con facilidad, hacia el final de la Edad Media ciertos hombres lo consideraban una “*auténtica cárcel, una trampa de la que teóricamente no había escapatoria*”. En términos generales, e**sta situación fortaleció la posición de la mujer según Otis-Cour, pues en el pasado el divorcio había equivalido, en la mayoría de los casos, al repudio de la mujer por parte del hombre.**

La Revolución Industrial modificó la relación económica entre hombres y mujeres, y contribuyó a estimular el **surgimiento de modelos más modernos de divorcio**. En el siglo XX la gente se casa por amor, y se separa por lo mismo. Es decir, tratamos de conjugar institución y emociones pese a que el matrimonio es una estructura sólida pensada para durar, y el amor romántico en cambio es perecedero, imprevisible y difícil de controlar a voluntad propia.

En la actualidad, **el divorcio legal es posible para todo el mundo en las sociedades democráticas, pero no lo es a nivel económico, ya que muchas parejas no pueden permitírselo**, sobre todo desde el boom inmobiliario que ha atado a las parejas en un contrato económico del que es difícil desligarse.

Autores como Jaeggi y Hollstein (1985) han resaltado el el coste económico de los divorcios para las naciones, y el coste psíquico y emocional para las personas:

“*Hasta ahora nadie ha pensado ni ha calculado lo que en el ámbito de la economía nacional se ha gastado y se sigue consumiendo en fuerzas, recursos y dinero por culpa de las crisis de la pareja, de las angustias del amor y de los esfuerzos para superar el dolor. Pero, a pesar de la falta de datos y de números concretos, se puede concluir que, para la economía nacional, la separación se ha convertido en un problema que absorbe una parte considerable del producto interior bruto”.*

Las razones principales por las que se divorcian las personas son: el agotamiento del amor, el aburrimiento, la infidelidad, los problemas de convivencia, la falta de intimidad, la ausencia de comunicación, los reproches mutuos y las discusiones amargas, la carga doméstica no compartida, las adicciones, el rechazo o la indiferencia sexual …

Según Helen Fisher, **los motivos** que hombres y mujeres dan para querer interrumpir el vínculo matrimonial son tan variados como los que tuvieron para casarse, pero hay algunas circunstancias comunes a todas las personas que eligen terminar una relación:

- **El adulterio manifiesto encabeza la lista**. En un estudio sobre 160 sociedades, la antropóloga Laura Vestí demostró que la infidelidad (sobre todo la femenina) es la razón más comúnmente alegada para pedir el divorcio.

- **La frigidez, la esterilidad y la impotencia sexual.**

- **La violencia masculina.**

- **La personalidad y la conducta del cónyuge**: entre las razones más aducidas están el mal carácter, tener celos en exceso, regañar constantemente, ser totalmente dependiente del otro, no ser respetuoso, no contribuir al trabajo en común, la indiferencia sexual, la violencia, el estar siempre ausente o la existencia de otra pareja.

La característica más peculiar y sobresaliente del divorcio es que se produce a los pocos años del casamiento, alrededor de la época del cuarto año. Esto es una realidad transcultural que la antropóloga Fisher (2007) ha constatado en sus estudios:

- En las 24 sociedades sobre las cuales los anuarios de las Naciones Unidas ofrecen información, el riesgo de divorcio alcanza su pico máximo entre los 25 y los 29 años para los hombres, mientras que para las mujeres tiene un doble pico máximo, entre los 25 y los 29, y entre los 20-24. El 81% de todos los divorcios ocurre antes de los 45 años en el caso de las mujeres.

- En los grupos de mayor edad, el divorcio se vuelve menos y menos frecuente. Y ya **en la edad madura el divorcio es un fenómeno raro.**

- El 39% de las parejas que se divorciaron no tenía hijos dependientes, el 26% tenía un solo hijo dependiente, el 19% con dos hijos, el 7% en parejas con tres; el 3% eran parejas con cuatro, y las parejas con 5 o más hijos raramente se separaron. Por lo tanto **cuantos más hijos tiene una pareja, menos probable es que los cónyuges se divorcien.**

- **El período promedio entre divorcio y nuevo casamiento es de tres años**. El 80% de todos los varones divorciados norteamericanos y el 75% de las mujeres divorciadas norteamericanas vuelven a casarse.

En España el divorcio se legalizó en el año 1981, lo que supuso un avance gigantesco en la lucha por la igualdad que sostenía el feminismo. Antes de 1981 una mujer no podía separarse y **si abandonaba el domicilio conyugal era buscada por la policía y devuelta a su casa; la paliza que esperaba a la mujer rebelde era de morirse**, porque los maridos de entonces tenían el respaldo de la ley para ejercer la violencia con sus esposas. A los asesinatos de mujeres se les denominaba "**crímenes pasionales**", y eran condenados por la sociedad, que se escandalizaba ante las mujeres que reclamaban sus derechos y libertades. Sobre todo, lo más importante fue la batalla por la independencia femenina a nivel económico (gracias a su introducción masiva al mercado laboral en los años 80), y la soberanía total de sus cuerpos (gracias a la píldora y al condón).

También los hombres se han beneficiado de esta ley porque les permitió

acabar con los dobles matrimonios (el oficial y el oculto), o con matrimonios rotos basados en el odio mutuo que se mostraban como perfectos de puertas para fuera. Dentro, la gente pudo acabar con sus infiernos conyugales gracias a una ley que por fin eximía a las mujeres de estar bajo la tutela de nadie, y que legalizaba su autonomía personal.

Como ya vimos en el post dedicado al desamor, los divorcios no son solo separaciones sentimentales, sino que **a menudo suponen la destrucción de la estructura de vida, basada en la familia nuclear**, y también la eliminación del status de casado/a, que tiene consecuencias fiscales y sociales. Se dejan atrás vivencias compartidas, recuerdos buenos y malos, sueños y decepciones, proyectos en común, guerras internas, amistades y espacios compartidos. Se rompe el pacto económico, pero si hay hijos se crean otros. Se rompen unas dependencias, pero surgen otras nuevas.

Así que el divorcio posee varias dimensiones: la social, la económica, la sentimental... y es que los procesos de separación a menudo se ven inundados por una amalgama de sentimientos intensos (despecho, desprecio, tristeza, nostalgia, amargura, desesperación u odio), y pueden ser amistosos, o largos y complicados. **Muchas personas actúan vengativa o cruelmente e involucran a sus hijos e hijas en el conflicto; pero muchas otras hacen fiestas de divorcio y se separan amistosamente** (en Estados Unidos están de moda las empresas que organizan eventos de este tipo).

El matrimonio Beck (2001) aporta una idea novedosa para las ciencias sociales actuales: el concepto de "**matrimonio postmatrimonial**" y el concepto de "**divorcio intramatrimonia**l":

"*De manera similar a alguien que ha perdido el brazo, pero que sigue utilizándolo,* ***los divorciados siguen manteniendo durante muchos años un matrimonio sin matrimonio;*** *pues el otro está presente con toda la intensidad de la ausencia y del dolor que su pérdida provoca. Sólo quien equipara el matrimonio con sexualidad, amor y convivencia, puede caer en el error de creer que el divorcio significa el final del matrimonio. Si se ponen en el centro los problemas económicos de la manutención, los hijos o la biografía vivida conjuntamente, se ve claramente que* ***el matrimonio ni siquiera termina en el ámbito jurídico con el divorcio; más bien pasa a una nueva fase del "matrimonio de separación". Los divorciados quedan unidos, a pesar de todo, por múltiples y diversos vínculos, como los hijos comunes y el recuerdo de la vida, "hasta que la muerte los separe".***

5 La prostitución



El amor y el sexo tienen una dimensión económica que tratamos de invisibilizar continuamente en nuestra cultura, pero que es cotidiana e histórica. En televisión nos cuentan historias de amor idílicas de personajes famosos y ricos, pero no nos enseñan los contratos de cifras astronómicas que firman en los acuerdos prenupciales.

Algunos autores como David Buss (1996) recalcan que los primates ofrecen favores sexuales a cambio de protección y recursos, y los humanos hacen lo mismo: "*Sexo por recursos, o recursos por sexo: los dos se han intercambiado en millones de transacciones a lo largo de los milenios de la existencia humana.*"

En algunas sociedades la prostitución ha sido considerado un fenómeno *normal* y hasta valorado positivamente, como es el caso de las ***geishas* japonesas**, las **cortesanas renacentistas** o las ***hetairas* griegas**. En otras se ha tratado de invisibilizar y marginar a las trabajadoras sexuales, que con su sola presencia disgustaban a las señoras casadas, poseedoras de prestigio y estatus social.

Para autoras como **Simone de Beauvoir (1949)**, sin embargo, en la cultura patriarcal no existe gran diferencia entre la mujer prostituta y la casada: "*Para ambas, el acto sexual es un servicio; una se compromete para toda la vida con un hombre, y la otra tiene muchos clientes que la mantienen. La esposa es defendida por un macho contra los demás, y la prostituta es defendida por todos los machos contra la exclusiva tiranía de cada uno. La gran diferencia entre ambas es que la casada es respetada como persona humana, pese a su opresión, y la prostituta no; en ella se resumen a la vez todas las figuras de la esclavitud femenina*".

Para De Beauvoir, la actitud del macho con respecto a la prostitución es siempre cínica e hipócrita porque **su demanda crea la oferta, es decir, existen prostitutas porque ellos las solicitan**. Sin embargo, sus esposas poseen dignidad y aquellas a las que utiliza para lograr placer son degradadas "*sobre todo por parte de los señores de apariencia respetable que despotrican contra el vicio y son los primeros en practicarlo. Se considera pervertidas y libertinas a las mujeres que viven de su cuerpo, pero no a los machos que lo usan*".

Otros autores como **Pascal Bruckner** ponen el acento en el hecho de que la prostitución femenina es cómoda para los hombres porque acceden de modo inmediato al sexo, y ahorran tiempo, se saltan los pasos del cortejo, prescinden de la interacción personal, el trabajo de seducción, y el miedo al rechazo. Otra ventaja es que pueden despreocuparse por completo del placer de la otra persona y centrarse en el suyo,

porque la prostituta no protestará. **Al contrario que las amantes, las prostitutas desean que el cliente llegue al orgasmo cuanto antes: así podrán ofrecer más servicios en menos tiempo:** *"La prostituta no es un cuerpo que goza, se emociona, ríe, llora, se desgarra, se extasía, sufre;* ***es un cuerpo que trabaja****, que representa un personaje concreto en una obra concreta escrita por los clientes, es un cuerpo que encarna el teatro íntimo de un extraño, y por ello se le exige que silencie sus caprichos y sus deseos (a no ser que se le pida lo contrario)".*

Por otro lado, sin embargo, **muchos clientes desearían ver disfrutar de verdad a una profesional del sexo para sentir la potencia de su hombría. Uno de los mitos que recorren el imaginario colectivo, en este sentido, es el de la puta que no cobra al macho por lo bien que este se ha portado, o por que ella se enamora de él sin remedio (un ejemplo de ello lo vemos en la copla española de *La Bien Pagá*).**

Sin embargo, la realidad es bien distinta: las prostitutas no están obligadas a fingir placer o amor, y sus clientes tampoco. De ahí que a menudo las prostitutas ofrezcan sus genitales para ser usados, pero no permitan que se les bese en la boca, porque de algún modo ofrecen su cuerpo desexualizado, y no desean compartir otro tipo de contacto que ellas consideran más íntimo y personal. **El cliente "alquila" su cuerpo por cuarto de hora, no su alma ni su deseo, que no están obligadas a ofrecer.** La prostituta adula al hombre para atraerlo, pero una vez que lo lleva a la cama él siempre duda de si a ella le atraen sus atributos físicos y personalidad, o su dinero.

De ahí que muchas veces los hombres, según Bruckner, experimenten una especie de vacío tras la eyaculación que les pone de mal humor o les irrita. La trabajadora sexual se limpia, se viste, y se prepara para recibir un nuevo pene, de modo que **es una mujer que en el fondo nunca es poseída del todo por ningún hombre.**

Bruckner (1977) insiste en la idea de que l**a prostitución es un trabajo más** y "*no es más inmoral que el trabajo del peón, del minero, del ejecutivo, del artista, del escritor, de la mecanógrafa; no es más abyecto, es decir, menos abstracto, cínicamente concentrado en el resultado (el dinero) e indiferente a los medios de alcanzarlo".*

Para Bruckner, entre el obrero y la puta aparecen dos analogías decisivas: la libertad y la indiferencia. Las prostitutas declaran: "*Hacemos este oficio por la facilidad con la que podemos abstraernos de él. Nos desdoblamos, escapamos de nuestro cuerpo de trabajo, no es precisamente divertido, pero, ¿quién está hoy al abrigo de este desdoblamiento? ¿Qué empleado (a)? ¿Qué obrero (a)?*"

Afirma que la modernidad es ese momento en que toda puta puede decir "yo trabajo" y todo trabajador "yo soy puta": "*Hacemos un trabajo como cualquier otro, dicen, porque todo trabajo es una forma de prostitución. Vendemos nuestro cuerpo, como cualquier persona. Lo que nos vale la piedad de los más caritativos, lo que, a los ojos de todos, progresistas y retrógrados, es el estigma de nuestra profesión, obedece rigurosamente a la lógica del contrato de trabajo. Si vender su cuerpo es pecado, es un pecado universal".*

Si consideramos que la prostitución sexual es equivalente a la prostitución de la fuerza de trabajo, hallamos que **las hetairas actuales se enfrentan a unos riesgos laborales de gran envergadura:** están expuestas a conductas violentas y sádicas, al contagio de enfermedades de transmisión sexual, su vida laboral es sumamente inestable y breve (porque pronto llega la vejez), y su situación es a nivel legal, irregular, de modo que pueden ser detenidos o acosadas policial y jurídicamente. Es un colectivo

de trabajadores sin derechos de ningún tipo: los clientes pueden irse sin marcharse, mantener un trato vejatorio o humillante, violar a la prostituta o incluso asesinarla. La frecuencia de estos casos convierte a la prostitución, especialmente la de calle, como una profesión muy peligrosa.

Sin embargo, las posiciones teóricas en torno a este problema son muy diversas y contradictorias entre sí. **Los abolicionistas quieren acabar con la prostitución, y piensan que es necesario dotar de recursos alternativos a las mujeres que la ejercen, y reeducar a los hombres**. Esta corriente cree que hay que liberar a las mujeres de la esclavitud sexual, que seguirá habiendo desigualdad de género mientras exista la prostitución, y se muestran contrarias a la *normalización*. Centran mucho su trabajo en la lucha contra la trata de mujeres, las mafias que explotan y esclavizan a mujeres que no desean trabajar para ellos, el proxenetismo, etc.

Por otro lado, están los grupos que no centran su lucha en acabar con un fenómeno tan antiguo, sino que defienden la dignidad de este trabajo. Son colectivos de trabajadoras sexuales que piden la legalización de su profesión (en Holanda por ejemplo es una actividad legal). Exigen tener acceso a la sanidad pública, a pasar controles sanitarios periódicos, contar con asesoramiento jurídico o protección policial, y sobre todo, quieren dejar de ser consideradas delincuentes.

Su desprotección legal conlleva el hecho de que otras personas e instituciones persigan o castiguen su actividad, a la vez que se lucran a través de sus cuerpos. **Chulos, proxenetas, policías, traficantes de personas, redes mafiosas, grandes empresarios y políticos sancionan, vigilan, se apropian de la fuerza de su trabajo con total impunidad.**

En España es muy conocido el **colectivo Hetaira**, que lleva desde 1995 exigiendo "que se reconozca y respete **la dignidad de las prostitutas y su capacidad de decidir**, sin coacciones, a qué quieren dedicarse y cómo o con quién quieren establecer acuerdos comerciales".

Sus principales objetivos son:

- La **defensa de los derechos** de las prostitutas y de la normalización de su trabajo.
- La **lucha contra la estigmatización social** y la **criminalización** de la prostitución.
- Fomentar la **auto organización** de las prostitutas.
- Promover la **solidaridad entre las mujeres**, tratando de que desaparezca la división entre las “malas” (las putas) y las “buenas” mujeres (todas las demás).
- **Concienciación** de la sociedad sobre la realidad de la prostitución y su entorno.
- Detectar y apoyar a las víctimas de trata de seres humanos. La protección, atención, asistencia formativa, informativa, jurídica y psicológica de las mujeres víctimas de trata obligadas a ejercer la prostitución.

La mayor parte de estos colectivos reclaman la visibilización y legalización de esta profesión que **no sólo no ha sido erradicada, sino que aumenta con el tiempo** gracias a la apertura del comercio sexual a nivel internacional.

Lo confirma el Informe de la Dirección General de la Mujer (2002): el sexo alquilado está cada vez más disponible, es más permisible, más publicitado y es más tolerado. Según este estudio, l**as principales causas** de la prostitución se pueden agrupar en tres grandes bloques:

- **Económicas y educativas**: paro, irregularidad documental, escasez de nivel formativo, desconocimiento del idioma, falta de información y recursos para emigrar, explotación laboral, la feminización de la pobreza, el turismo sexual de las clases altas,...y sobre todo la demanda de la industria sexual y **la riqueza que genera el tráfico de personas**.

- **Psicosociales**: abusos sexuales, violencia de género, faltas de redes de apoyo sociales y familiares, situaciones de exclusión y marginación social, uso de drogas, falta de autoestima y habilidades sociales, estereotipos de la mujer como objeto sexual.

- **Familiares:** abuso incestuoso, ruptura de lazos familiares, prostitución inducida por un familiar, maltrato psicológico, violencia física, repetición de modelos familiares, compañero o marido en paro, pareja con adicciones, pareja que induce a prostituirse a su compañera...

El elemento común entre los clientes, según el Informe 2002, es que poseen una visión de las relaciones de género desiguales. Según este estudio, l**os hombres dicen acudir a la prostitución por :**
- la vivencia y la *emoción del ambiente* (lo mítico, lo prohibido, el lado oscuro de la vida...)
- para tener acceso a sexo (problemas relacionales o de soledad),
- para realizar una práctica en concreto (deseo de ser seducido por una mujer sexualmente agresiva, deseo de dominar...).

Bruckner cree que los mayores demandantes son:
- **los que tienen problemas para ligar**
- los que no tienen problemas pero no quieren trabajarse la seducción
- los que **quieren escapar de la pareja sin ponerla en peligro**;

De acuerdo con el estudio de Mansson, S. (2001) , los clientes más habituales son los que tienen más parejas sexuales, lo que contradice, según el autor, la creencia sobre el cliente solitario en busca de sexo por necesidad. Aunque, tal y como señala Mansson, quienes **parecen tener más dificultades para mantener parejas estables y relaciones afectivas normalizadas son precisamente los hombres que acuden con mayor frecuencia** a la prostitución.

Otros estudios se centran en la dificultad de los varones para asimilar los cambios entre las relaciones de género tras la revolución feminista, y la persistencia en los estereotipos que dividen a las mujeres en dos grupos: uno al que pertenece la madre, la esposa, la hermana (**mujeres buenas**), y otro al que pertenecen **todas las demás** (susceptibles de ser folladas, alquiladas o utlizadas para obtener placer; putas todas).

La prostitución molesta profundamente a la burguesía y las clases medias: su existencia pone de relieve ese lado sombrío de la realidad que no parece en los medios de comunicación, esa cantidad de personas que viven como ciudadanos normales, mezclados entre el resto, pero cuyas prácticas sexuales se

consideran *pervertidas* o *desviadas* (pederastas, sadomasoquistas, zoofílicos, etc.). Pone entonces de manifiesto también la **hipocresía social: los matrimonios siguen pese a la existencia de la prostitución, o más bien, gracias a ella.**

Son muchos los hombres *respetables* que se presentan a ojos de la sociedad como heterosexuales y monogámicos, pero tienen una doble vida. **En el lado diurno, los hombres acuden a misa con la familia los domingos; en el nocturno, esos padres de familia con un cargo de responsabilidad político o económico se desdoblan y se convierten en "puteros"**, sin que su doble vida le represente un conflicto emocional o espiritual alguno, ya que sienten justificada su *necesidad de novedad* sólo por el hecho de ser varones.

La prostitución ha sufrido un proceso de sublimación mediática que ha mejorado su imagen y ha derribado estereotipos. Digamos que con un **lavado de imagen, la prostitución se ha normalizado porque se presenta como un dispositivo de consumo más**, de igual modo que la pornografía. La prostitución ha experimentado un proceso continuo de normalización: ya no se presenta como un transmisor de enfermedades venéreas, o como algo sucio, clandestino, relacionado con las drogas, la delincuencia y la marginalidad. **Ahora es un proceso más sofisticado, más light, menos morboso y más aséptico: un ejemplo de ello son las señoritas que acuden a fiestas de futbolistas multimillonarios como si fueran invitadas o amigas, pero sin la presencia molesta de novias o esposas.**

Katheleen Barry escribió sobre la relación que existe entre la explotación sexual y el poder patriarcal, que ha situado a los hombres poderosos en una situación de dominación:

"*Considérese algunos de los perpetradores más agresivos: si se tiene en cuenta la cantidad de hombres que son chulos, procuradores, miembros de mafias de trata de blancas, gestores de burdeles y salas de masaje conectados con la industria recreativa de la explotación sexual, intermediarios pornográficos, maridos que maltratan a la mujer, pederastas, agentes del incesto, violadores, una no puede evitar sentir estupor al advertir la gran cantidad de población masculina que participa en la esclavitud sexual de las mujeres*" .

Para Barry, **el escandaloso número de hombres implicados en estas prácticas debería ser motivo para declarar un estado de emergencia nacional e internacional, una crisis de violencia sexual.**

La prostitución masculina



La prostitución masculina es una profesión tan antigua como la femenina (Benjamin y Masters, 1964), pero está aún más invisibilizada socialmente por la homofobia patriarcal, y porque **desbarata las tesis que se centran únicamente en la explotación de los cuerpos femeninos.** Y es que pese a que la violencia y la explotación es común, la prostitución masculina no ha sido estudiada a fondo por el feminismo y ello empobrece de algún modo la visión de un fenómeno tan complejo.

Los estudios de masculinidad advirtieron de que los hombres también han sido víctimas de un sistema de poder patriarcal, desigual e injusto. Y el hecho de que haya tráfico de chicos para prostituirlos bajo condiciones de esclavitud demuestra que, **aunque las mujeres sufren en mayor medida la explotación y el abuso, los hombres también se han visto utilizados como moneda de cambio**, como esclavos sexuales, como objetos-cuerpo para uso y disfrute de los señores poderosos.

Paralelamente, creo que es importante entender que **no todas las personas que se prostituyen son víctimas: muchas de ellas ejercen esta profesión voluntariamente**, especialmente en el caso de la prostitución de lujo. Multitud de modelos, cantantes, presentadoras, showmen, showoman, camareros, azafatos, azafatas y estrellas mediáticas se prostituyen por unas cifras muy elevadas con personajes importantes de la actualidad política, deportiva o económica, y no se consideran víctimas. En muchos casos pueden negarse a prestar sus servicios, y la ejercen puntualmente, para lograr ingresos extra que les permitan llevar un nivel de vida superior.

El estudio de Rafael Ballester Arnal, Rafael, y Mª Dolores Gil Liario (1996) sobre prostitución masculina en España es muy interesante porque deconstruye todos los estereotipos que existen acerca de **los *chaperos* o gigolós masculinos: no son personas superdotadas ni obsesionadas con el sexo, no todos son delincuentes, drogadictos o enfermos mentales, y muchos provienen de familias de clase media-alta.**

Otro dato interesante es que en la actualidad **los prostitutos no constituyen un grupo social organizado** y su situación legal es todavía muy ambigua. Las prostitutas, en determinados contextos, están más organizadas y se concentran en determinados barrios y locales. En algunos países trabajan bajo licencia estatal e incluso conforman grupos de presión política. En cambio **la prostitución masculina**

sigue siendo vista como algo más monstruoso que la femenina, que hasta cierto punto ha sido sublimada por la cultura patriarcal.

Sin embargo, el estudio de Ballester y Gil se limita a los trabajadores sexuales que ponen anuncios en periódicos o a través de Internet; otra cuestión son los chavalitos árabes que se prostituyen en las estaciones de tren o de autobuses, en la Puerta del Sol de Madrid, en las discotecas de ambiente, o en la entrada de los cines X. O, en el extremo opuesto, los **hombres jóvenes que se casan con mujeres más ricas que ellos para ser mantenidos económicamente a cambio de cariño, sexo y acompañamiento.**

Kinsey (1948), y más recientemente Janus (1981), hallaron en sus estudios que **en las grandes ciudades americanas hay casi tantos hombres como mujeres adolescentes ejerciendo la prostitución en la calle**. En 1977 había 13.000 chicos menores ejerciendo la prostitución en París. En la Antigua Grecia, se consideraba normal que un muchacho prestase servicios sexuales a hombres adultos a cambio de conocimiento: los grandes filósofos mantenían relaciones con jóvenes efebos y les explicaban que a través de la sexualidad podrían alcanzar el conocimiento. Estos jóvenes se prostituían a cambio de un material filosófico, y en otras culturas se ha ejercido a cambio de otros recursos, normalmente riquezas materiales o dinero.

La prostitución masculina de carácter homosexual constituye un fenómeno social muy antiguo, pero **la prostitución masculina de tipo heterosexual es un fenómeno relativamente nuevo**, según Ballester y Gil (1996). **Cada vez son más las mujeres que pagan a cambio de sexo; suelen ser mujeres de clase alta o media-alta**, pero es un sector aún muy minoritario.

El perfil del cliente, sin embargo, es el de **hombres de mediana edad, con un nivel económico y cultural elevado**, que frecuentan con cierta asiduidad (entre una y cuatro veces al mes) al prostituto. **La mayor parte de ellos están casados** (cerca de un 60%) y **son padres de familia con un nivel sociocultural alto**. Al parecer, son raros los casos de clientes con una renta baja, según Ballester y Gil.

Otro dato interesante que aportan estos autores es que u**n 85% de hombres prostitutos afirmó tener clientes asiduos** con los que mantenían contactos sexuales con cierta regularidad. También existe un porcentaje de clientes que, según la estimación de los trabajadores del sexo, acuden **motivados por la necesidad de hablar** con alguien que está enteramente a su disposición y de quien se espera confidencialidad absoluta:

"*A veces la necesidad que los prostitutos tienen de estabilidad y seguridad y la necesidad de los clientes de compañía y de sexo, llevan a que una relación o acuerdo puntual puramente comercial llegue a convertirse en una relación continuada. Esto parece haber sido desde siempre un rasgo característica de la prostitución masculina y por otra parte es consecuencia de algo que ocurre en el ambiente gay con mucha frecuencia. (...) Los clientes tienen sus temores, ya que se arriesgan a ser maltratados, robado o a sufrir chantaje. Pero en general, las relaciones se suelen desarrollar en un clima de tranquilidad, acuerdo y reciprocidad*"(Ballester y Gil, 1996).

Sin embargo, **la imagen que proyectan los medios sobre estos colectivos están siempre asociados a estereotipos negativos. Sólo salen si son noticia,** como la que vimos hace pocos días acerca de la desarticulación de una trata de chicos jóvenes, esclavos sexuales. Comentando la noticia con la gente, son muchxs lxs que piensan que ellos se venden o se alquilan porque quieren, otrxs no lo entienden porque no sabían que los hombres se prostituyen y que tienen clientes, y otrxs se ríen

con la cara de los policías que tienen que explicar un fenómeno así, sin entenderlo tampoco del todo, y con cara de consternación ante tal monstruosidad.

Y es que lo que no se ve por televisión, no existe. Por eso es positivo que en series de televisión como *Aída* exista un personaje cuya profesión es trabajadora sexual sin que eso suponga su marginación social ni afectiva.

Creo que hay que romper los estereotipos asociados a su trabajo, porque existen colectivos no visibles (como las amas de casa que se prostituyen, los hombres que se casan por dinero, etc) y otros estigmatizados, como el caso de lxs transexuales, que siempre se asocia a gente con un nivel socioeconómico y cultural bajo y siempre relacionadxs con drogas, delincuencia y crímenes.

La realidad es siempre más compleja… y sorprendente.

6 ¿Es egoísta el amor romántico?



"(Yo) lo hago todo por ti y tú no haces nada por mí", "(Yo) necesito que me cuides", "(Yo) quiero que te sacrifiques por mi", "(Yo) no quiero que te vayas", "Siempre soy (yo) el que llamo", "Siempre soy (yo) la que empiezo", "Nunca me dices que me quieres" , "Si tú me dejas (yo) me muero"....

La pareja es una especie de pacto de convivencia, de construcción en común de una estructura sólida; es también un contrato económico y social, especialmente en la etapa reproductora. El papel que cumple como cohesionador social es fundamental para el mantenimiento del patriarcado, el capitalismo y las democracias.

El romanticismo fue un movimiento ligado estrechamente al desarrollo de la burguesía, y por tanto ligado al individualismo y a un modo de vida ocioso con las necesidades básicas cubiertas. Es en el siglo XX cuando la clase obrera adopta la fórmula de emparejarse por amor, gracias al trabajo de las industrias culturales, que han expandido este ideal romántico por todo el planeta.

Decía D.H Lawrence que la pareja es una especie de "**egoísmo a dúo**". Nos organizamos jerárquicamente y nos deshumanizamos en las grandes ciudades, tenemos un reparto de la riqueza desigual e injusto, cunde el anonimato, las depresiones, la competitividad entre nosotr@s... **en la lucha por la supervivencia, es más duro caminar solo que acompañado**. Sólo que en lugar de juntarnos en pequeños grupos de ayuda mutua y funcionamiento solidario, nos limitamos a compartir penas y alegrías, placer y proyectos vitales con una sola persona.

En una sociedad pensada en pirámide donde los de abajo soportan el peso de los que alcanzan las cimas de poder y dinero, **la pareja puede ser un oasis de igualdad y de ayuda mutua enormemente valioso**. No sólo para la reproducción (obviamente es más duro criar a un bebé tu sol@), sino para hacer frente al mundo. Compartir la vida en pareja supone tener cerca a alguien que te valore y te considere especial, diferenciándote así del resto. Alguien que te abrace cuando lo necesites, que te proporcione momentos de placer intenso, que te escuche cuando quieras desahogarte, que te anime en momentos de bajón emocional o psíquico... Cuando un@ está

atormentado por las dudas, por ejemplo, siempre siente menos angustia si se pueden expresar en voz alta, si podemos obtener consejo de otro, si podemos *sacarlo* de nuestro interior. **Si te echan del trabajo, todo es más fácil si tu pareja te apoya económica y emocionalmente. Si tienes problemas familiares, tu pareja puede ser tu fuente de desahogo y a la vez un modo de desconectar de esos problemas.**

Si la relación es igualitaria y equilibrada, la generosidad de uno incentivará la del otro, y viceversa. En lo que uno flojea, el otro o la otra puede cubrir esa carencia, aportar algo que el uno no tiene. **Y en ese aportar se suman fuerzas y energías; por eso el saber que hay alguien con quien se puede contar incondicionalmente es consolador y reconfortante.** Nos proporciona una especie de colchón, sabiendo que si yo no puedo tirar del carro, tirará el otro, al menos por un tiempo. Porque en pareja a veces nos toca dar y otras recibir; es una especie de equilibrio que siempre hay que trabajarse mucho para que no exista descompensación. Cuando solo un miembro de la pareja lleva a cabo muchas más renuncias y sacrificios en pro del otro, el equilibrio se rompe. Lo más probable es que la persona que se sacrifica y siempre cede se sienta mal porque no se le valora lo que da, o porque no recibe ni la mitad de lo que da. En ese desequilibrio surgen **el rencor y los reproches, elementos perfectos para acabar con la relación erótica entre dos personas.**

Este apoyo mutuo, esta sociedad limitada, este compartir penas y alegrías, este equipo frente al mundo, es sólo entre dos. Si pudiésemos funcionar en pequeños grupos donde cada uno da lo que tiene y aporta lo mejor de sí, nuestra sociedad sería menos desigual e injusta, y funcionaría más por relaciones de solidaridad y cooperación que por intereses propios.

Sin embargo, **de entre las cientos de personas que conocemos, sólo una puede ser la elegida para formar un *equipo frente al mundo*.** Alguien especial de quien nos enamoremos y nos lo de *todo*. Ese *todo* es una reminiscencia de la paz, el calor y la seguridad del vientre materno, al que ya nunca volveremos. Es también un anhelo de acaparar cuidados y obtener protección y amor incondicional, como la que obtenemos en las relaciones entre padres/madres e hij@s.

En este *todo* se encuentra la llave del egoísmo, porque entraña una tremenda responsabilidad para una persona sola; quizás por eso el amor romántico es permanente fuente de frustración. Nadie nos lo da *todo* porque la pareja no es ni debería ser la única fuente de emociones positivas. Nuestras redes sociales nos estimulan, nos enriquecen, nos hacen sentir que tenemos un lugar en el mundo. **Por eso el aislamiento de la pareja, el pedir exclusividad a una persona, centrar *todo* nuestro tiempo y energía en un compañero o compañera que nos haga felices y nos acompañe en todo el camino y para siempre, es una quimera,** especialmente hoy en día, que nadie está satisfecho con lo que tiene y el amor ideal se convierte en una búsqueda perpetua y una insatisfacción permanente.

Hombres y mujeres hemos sido enseñadas a establecer relaciones de dependencia mutua en el que dos egos son más que suficientes. Cada uno de esos egos con sus intereses personales, sus deseos, sus miedos y sus frustraciones. A menudo esos egos se relacionan desde el capricho o el temor a perder a la persona amada, de modo que resulta muy difícil la práctica del desapego y la generosidad, porque lo queremos todo y ya, y en exclusiva.

A las mujeres educadas en sistemas patriarcales como el nuestro, se nos ha enseñado a ser mimosas, a reclamar un trato delicado y especial por parte de nuestro compañero, a exigir el rango de reinas, a pedir que se nos tape cuando tengamos frío, que se nos defienda ante otros hombres, que se nos proteja como a niñitas asustadas. A

los hombres se les ha enseñado a ser protectores, pero también quieren compañeras incondicionales, comprensivas, que estén atentas a sus necesidades y deseos, que les cuiden cuando enferman, que les refuercen la autoestima cuando florecen sus inseguridades.

"Si tú no vas a la cena de empresa de esta noche, anulo mi cita con mi ex novio"
"Si no vas a la acampada de tu grupo de montaña, yo paso de la despedida de soltero de mi amigo"

Los celos, por ejemplo, son un claro síntoma del egoísmo del amor romántico. Nos ponemos celosos y celosas cuando nuestro objeto de amor desvía su foco de atención de nosotros a otra persona o actividad. Hay amantes que no solo tienen celos de una persona atractiva o deseable, sino también de la madre, el padre, los hijos, los amigos o las amigas de su amada. Hay amantes que no soportan las pasiones propias de su amado o amada, porque le quitan tiempo al celoso para disfrutar del amor. Por ejemplo, es muy común que la gente exija al otro que deje atrás sus hobbies (esquiar, ir al teatro, pintar, leer, viajar, aprender bailes del mundo…) cuando se unen en pareja. Al amado le puede parecer que ese *acto de sacrificio* es una prueba de amor, pero en realidad es otra forma de "cercar" al amado, de tenerlo para sí, de conseguir que su tiempo sea para nosotros, de lograr que se centre en nosotros en lugar de repartirse con generosidad.

En ocasiones no sólo se dejan los *hobbies,* sino también las pandillas, y se pasa a un **modelo más individualista: tú y yo, y si acaso dos parejitas más como tú y yo.** Porque solteros y solteras sólo provocan inquietud o desasosiego; son un elemento por el momento desclasificado, desemparejado, y a veces se interpreta su presencia en un evento social como un peligro; su unidad absoluta, su soledad, crea malestar en un mundo de pares. Entonces estas parejas acotan su terreno, limitan su vida social, y se lanzan a vivir ***la felicidad del dúo*, a veces sostenida por el miedo a que esa unión se rompa por la mitad.**

El egoísmo de la gente enamorada a veces asusta. Sobre todo la gente que está deseosa de darlo *todo*; porque normalmente se da *todo* para recibirlo *todo*, no para malgastar gratuitamente tiempo y energía. Es como una especie de inversión: te lo doy *todo*, me hago imprescindible para ti, y a ti no te queda más remedio que ser tan intenso y "generoso" como yo. Es la gente que te reprocha que lo hace *todo* por ti y tú no estás a la altura. Es la gente que quiere que te adaptes a su ritmo aunque tú lleves otro. Es la gente que te cuida para que se lo agradezcas, y para que correspondas. Si no sucede así, ya está el sentimiento de culpa judeocristiano para recordarte que no estás dando lo mismo que estás recibiendo.

El enamorado egoísta quiere que cambies una reunión de trabajo solo para que le demuestres lo importante que es para ti. Al enamorado egoísta le encanta que anules una cena con los amigos y que lo hagas por él/ella, le entusiasma que no acudas a un concierto que para ti es importante si a él/ella no le apetece mucho.

El enamorado egoísta jamás te anima a que llames a ese amigo que hace mucho que no ves, ni aunque sepa que vas a disfrutar mucho. El egoísta considera que los mejores momentos de tu vida tienes que vivirlos con él, y no se hace a la idea que tu mundo afectivo sea rico y variado, y que esté compuesto por familia y gente a la que aprecias y es fundamental en tu vida. **El egoísta quiere cubrir el puesto más alto de tu jerarquía emocional, quiere constreñir tu sexualidad con el contrato de fidelidad en la mano, quiere ocupar todo tu tiempo libre y limitar tu libertad de movimientos.**

En los celos y en el egoísmo yo veo mucho miedo; nos aferramos de un modo tan enfermizo a la gente porque no queremos estar solos, porque necesitamos ser lo más importante para alguien, como si eso le diese algún sentido a la existencia humana, como si eso nos asegurase la eternidad. Ser especiales para alguien, serlo *todo* incluso después de la muerte; es un anhelo faraónico que nos lleva a imaginar al amado como el colmo de nuestras aspiraciones. En el proceso de fusión con la amada hay un deseo de inmortalidad, y en un plano más terrenal, de ser necesarios, significativos, útiles. Por eso **compartir el afecto de alguien a quien amamos con toda su gente resulta poco menos que imposible para un amante posesivo, celoso y egoísta.**

El romanticismo está, inevitablemente, centrado en el *yo*; en el siglo XIX se ensalzó la subjetividad como modo de relacionarse con el mundo. Tanto en las artes y las ciencias, como en la vida cotidiana, el *yo* es la fuente de inspiración romántica, el lugar donde se crean los sueños, allí donde se pretende confundir la realidad con el deseo. Los escritores y sus protagonistas son personajes excesivos que transforman imaginariamente su realidad porque no les gusta tal y como es. No soportan la soledad inherente al ser humano moderno, por eso tratan de mitigarla o anularla con la *grandiosidad* de la fusión erótica entre dos personas, elevándola a la categoría de la eternidad y lo sublime. **Desde mi punto de vista, el prototipo del sujeto romántico es infantil, narcisista, sufridor, protagonista de la historia de su vida**. **Y la posmodernidad ha heredado esa ñoñez hipersensible, caprichosa y vulnerable.**

El romanticismo es egoísta porque siempre se parte desde el *ego* para crear o para pensar el mundo, porque este ego se alimenta de soñar con voluntades ajenas doblegadas por el amor, porque incurre en continuos procesos de victimización y autodestrucción heroica y grandilocuente que le hará un hueco en la Historia.

Por eso nuestra forma de amar actual, heredera de aquel movimiento decimonónico, está basada en la posesividad, en la apariencia por encima del ser, en el apego y el miedo, en la necesidad más que en la libertad. A menudo los enamorados más egoístas están enamorados del amor más que de las personas; por eso nunca encuentran su *media naranja*.

El amor es un mito, pero los amantes somos personas de carne y hueso: la idealización de cualquier cosa, evento o persona conlleva, lógicamente, la decepción y el desencanto. Idealizar es, de algún modo, adornar a una persona con sus atributos magnificados por la distancia o por el deseo. Idealizar es admirar algo o alguien que no conocemos bien, pero que nos infunde respeto y fascinación a la vez, porque lo dotamos de un poder sobrenatural o de un brillo cegador.

Si los románticos son proclives a esta frustración es porque la fusión entre dos personas no es nunca total; somos unidades, absolutos en sí; no seres imperfectos a la espera de ser completados. De modo que por mucho que tratemos de vivir el amor como una ola arrasadora en la que toda nuestra vida (trabajo, amigos, familia, y otras pasiones) queda sepultada, la realidad es que nadie puede, por sí solo, cubrir todas las necesidades afectivas de una persona.

También es desgarrador pensar que **nadie puede eliminar de nuestra vida la soledad que nos acompaña de la cuna a la tumba; la realidad es que la gente no nos pertenece, sino que nos acompaña en el camino un tiempo**. Nuestros padres se mueren, nosotros acompañamos un tiempo a nuestr@s hij@s. Por nuestra vida pasan amantes, amigos, conocidos, pero nos resistimos siempre a dejarles marchar. Cuando asumimos la pérdida nos entristecemos profundamente, pero esto se acentúa en el caso de las personas que están enamoradas; el amor no correspondido,

decía Freud, es uno de los dolores emocionales y psíquicos más duros para el ser humano. **La muerte y el desamor nos privan de las personas a las que amamos, y cuando se van no sólo dejan un vacío, sino que además, hemos de recomponer toda nuestra estructura vital para poder sobrevivir, porque ésta se desploma si la hemos concebido para no vivirla en solitario.**

Creo, además, que el romanticismo aumenta exageradamente nuestra sensación de soledad, precisamente porque deja su propia felicidad en manos del amado o la amada. Tremenda responsabilidad, ya que no podemos pedir que la misión de alguien en su vida sea tenernos continuamente distraídos para no pensar en nuestra soledad, en la muerte, en el dolor o el miedo. A menudo le pedimos a la pareja que nos rellene el vacío vital que nos acecha, pero **nadie puede rellenar agujeros negros de ese tipo de manera total, porque absorben materia y energía infinitamente.** Y porque una de las principales causas de adulterio y divorcio es, precisamente, el aburrimiento. El individual y el vivido en pareja: rutina y monotonía son nefastos para la pasión.

Conclusión

Lo mejor sería disfrutar de la gente sin miedo a perderla, y **desterrar de nuestras vidas la necesidad, que es antierótica total**. Es difícil, pero en pareja lo ideal sería tratar de ser felices cuando el otr@ sea feliz sin nosotr@s. Disfrutar cuando el otr@ disfrute, aunque no sea con nosotr@s.

Lo ideal sería aprender a llenar nuestro vacío con cosas nuevas; sin exigirle a nadie que lo llene. Aprender a disfrutar de la soledad, aceptarla como compañera de viaje. Aprender a repartir y compartir el amor de nuestra amada o amado con mucha más gente. Expandir el sentimiento amoroso, no constreñirlo y enfocarlo en un solo ser humano. **Diversificar y ampliar nuestras redes de afecto y cariño, y cuidarlas para crear intercambios de cariño y ayuda mutua.** Lo ideal, sería practicar, en definitiva, ese sentimiento gozoso que nos invade con la generosidad, uno de los pilares básicos de las relaciones humanas, y expandirlo al resto de la comunidad.

Pero al acabar de leer este párrafo seamos realistas, porque eso sería lo ideal…

7 ¿Es revolucionario el Amor Romántico?



La fuerza arrasadora del amor romántico posee una vertiente profundamente transgresora porque, debido a su intensidad incontrolada, perturba seriamente nuestros estados de ánimo y puede llegar a romper las estructuras de la tradición, desbaratar por completo el orden social. Eso pasa cuando alguien entra en nuestra vida y pone patas arriba nuestra cotidianidad; hay enamorados y enamoradas que lo dejan todo y se cruzan medio mundo por amor. El amor, al ser un suceso excepcional, irrumpe en nuestra rutina y todo (horarios, lugares, ritmos y modos) se ve modificado por nuestros sentimientos, normalmente imposibles de ignorar y que desatan en nosotros unas contradicciones internas que aumentan su intensidad. Un enamorado arrebatado es capaz casi de cualquier cosa por su amor, pasando a menudo por encima de sus prejuicios, creencias, costumbres, manías, y normas. **Enamorarse fuera del matrimonio, por ejemplo, le sucede incluso a gente que cree firmemente en el matrimonio y permanece fiel muchos años.**

Denis De Rougemont afirmaba que el matrimonio y el amor son dos cosas diferentes que Occidente ha fusionado equivocadamente. El matrimonio es una institución duradera, un compromiso sentimental, económico y político que adquirimos al establecer con alguien un pacto contractual en principio *ad aeternum*, y hasta que la muerte nos separe. El amor romántico en cambio es breve, pasional, caprichoso y no obedece a nuestra voluntad; prueba de ello es que son much@s l@s que se lamentan de que se enamoran de la gente que menos les conviene. Nos casamos por amor; por eso también nos divorciamos en cuanto llega el desamor o aún antes, cuando descubrimos adulterios. **Y es que le pedimos al amor que dure lo mismo que el matrimonio; y no es posible porque la pasión se va desgastando con la rutina y pierde el sabor del misterio y la novedad.**

Ejemplos de la rebeldía del amor romántico son la esposa enamorada de su masajista (alguien más joven y de nivel económico inferior, pongamos por ejemplo), el árabe enamorado de la israelí, la adolescente enamorada de su profesor, el padre de familia numerosa de la mejor amiga de su compañera, la mujer blanca del hombre negro, el abogado enamorado de su compañero de trabajo... La historia de la Humanidad está plagada de amores prohibidos por diversos motivos; en el caso de **Julieta y Romeo, por ejemplo, su amor desafía al orden patriarcal, que les impide vivir su amor con plenitu**d. La afrenta de los Capuleto y los Montesco es el obstáculo ideal para encender la llama de la pasión de estos jovencitos que viven su libertad a través

del amor y la muerte, burlandose así de la autoridad de los *pater* de familia. Lo mismo sucede en la Celestina; **el amor de Melibea por Calisto es rebelde porque se empeña en no someterse a las órdenes que la obligaban a conservar su virginidad hasta que encontrasen un marido viejo y rico para ella,** como era la costumbre entonces (y como sigue siendo en muchas partes del mundo).

Pese a la sumisión a la que se obliga a las mujeres que son consideradas objetos de la propiedad privada del padre primero, y del marido despué́s, el amor femenino es una vía de liberación, porque sienten que no pueden evitarlo, y porque se rebelan contra un sistema que no las considera sujetos autónomos con libre albedrío para tomar decisiones. Normalmente las heroínas de los relatos son mujeres sumisas para las que el amor es un incentivo para la rebelión y se convierte en el leitmotiv de su lucha por la libertad. Por eso, son duramente castigadas por su atrevimiento, y son condenadas a la muerte, al ostracismo social o la pobreza. Sin embargo, otra opcion es la boda; **el matrimonio se presenta como una vía para lograr una independencia parcial o mejor, una dependencia voluntaria, es decir, no impuesta por el *pater* sino asumida gustosamente gracias al colocón anfetamínico que provoca el buen sexo y el amor.**

El amor, así, no entiende de orientaciones sexuales, religiones, de idiomas, de moral, de normas, de edad... aunque nosotros impongamos ciertas normas para controlar la libido. **Freud y Marcuse** plantearon que la base de nuestra civilización occidental está basada en la represión. Gracias a ella, supuestamente logramos convivir en paz, porque, según Freud, **nadie puede ir por la vida cumpliendo todos sus deseos ni desarrollando todo su potencial erótico con alegría y sin problemas de ningún tipo**. Generalmente "todo" el mundo tiene claro que no puede *enrollarse* con padres, madres, hermanos, primos, tíos, sobrinos o cuñados, por lo menos en los primeros grados de parentesco. Lo mismo sucede con las millones de personas de tu mismo sexo/género, porque la homosexualidad es vista aquí, aún, como una desviación, enfermedad o aberración. También se sabe que una relación con una persona mucho mayor o mucho menor no está bien vista; por lo tanto el espectro posible de gente con la que relacionarse erótica y afectivamente se va estrechando. Ni con parejas de amig@s, ni con compañeros de curro, ni con gente casada...

El modelo aceptado de pareja es siempre heterosexual, entre dos personas de aproximadamente similar edad y estatus socioecómico, con capacidad reproductiva y repartición patriarcal de roles. Fuera de este modelo estereotipado, las parejas interraciales, homosexuales, las parejas formadas por un menos de edad, os tríos, los intercambios de pareja y otras formas de amarse están invisibilizadas, a veces penalizadas y (casi) siempre al margen.

Y sin embargo, desde el principio de los tiempos la gente se ha enamorado y se ha relacionado con gente que no debía; porque el deseo se exacerba con la prohibición, los obstáculos, la imposibilidad. Porque nos atrae lo diferente a nosotros, y porque resulta muy difícil reprimirse sin descanso, toda la vida. Porque, **al parecer, Cupido dispara sus flechas aleatoriamente y la principal norma del juego es que no se puede elegir a la persona ideal.** Si no que se lo pregunten a Ana, **la Regenta**, enamorada de un cura, a **Emma Bovary**, apasionada adúltera por aburrimiento, o a **Ana Karenina**, que cometió el error de enamorarse de su propio marido.

Siguiendo con la idea de la represión sexual, **Freud** pensaba que si todos los miembros de la sociedad satisficieran sus instintos la civilización caería en el caos y la barbarie, ya que los humanos son agresivos por naturaleza y dejándoles a su libre albedrío arrasarían, violarían y matarían a sus semejantes. Para el creador del psicoanálisis, la

cultura es la lucha **entre Eros y Tánatos**, es decir, entre el instinto de vida y el instinto de destrucción. La evolución cultural por ello puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida: "*El conflicto entre la civilización y la sexualidad es provocado por la circunstancia de que el amor sexual es una relación entre dos personas, en las que una tercera solo puede ser superflua o perturbadora, y en cambio la civilización está fundada en las relaciones entre grupos de personas más vastos"*.

Coincidimos con **Marcuse** (1955) en la idea de que el fin de la represión instintiva, y **la liberación sexual humana no supondrían el final de la civilización**. Para Marcuse la liberación de la represión humana sería tal que permitiría la gratificación, sin dolor, de las necesidades, y la dominación ya no impediría sistemáticamente tal gratificación. La liberación de Eros podría crear nuevas y durables relaciones de trabajo; el mundo no se acabaría y los seres humanos no nos destruiríamos los unos a los otros. Marcuse añade un nuevo término para explicar este proceso: la autosublimación de la sexualidad: "*El término implica que la sexualidad puede, bajo condiciones específicas, crear relaciones humanas altamente civilizadas sin estar sujeta a la organización represiva que la civilización establecida ha impuesto sobre el instinto*".

Otros autores como **Charles Fourier** hablaron a mediados del siglo XIX del **amor como motor social,** es decir, como clave del proceso revolucionario. Para este socialista utópico la verdadera libertad sólo podía alcanzarse sin amos, sin el trabajo y sin la supresión de las pasiones; que es destructiva para el individuo y para la sociedad en su conjunto. Antes de la invención de la palabra homosexual, Fourier reconocía que tanto hombres como mujeres tenían un amplio espectro de necesidades y preferencias sexuales que podían cambiar a lo largo de la vida, incluyendo la sexualidad entre personas del mismo sexo y la *androgénité*. **Defendía que todas las expresiones sexuales deberían ser disfrutadas, mientras no se abusara de las personas, y que «*afirmar las propias diferencias*» de hecho podía mejorar la integración social. Creía en la bisexualidad como una condición natural del ser humano, y en la necesidad de la igualdad de hombres y mujeres para tener relaciones bonitas, equilibradas y abiertas a la colectividad.** Este filósofo francés acuñó el concepto de ***amor libre*** como sistema amoroso contrario al orden patriarcal e ideal para las mujeres; era un hombre que criticaba el individualismo y creía profundamente en la sociabilidad natural del *homo sapiens*. Defendía que las relaciones sexuales y afectivas libres podían hacer de esta sociedad un mundo más amable, más solidario y cooperativo, y por supuesto, más pacífico.

Marx y Engels calificaron la teoría de Fourier como ingenua y utópica. Yo creo que para lograr la liberación del amor haría falta un cambio de mentalidad total y global; muchos años de adaptación para borrar de nuestros cuerpos, emociones y mentes el orden heterosexual, monogámico, adulto y reproductivo del patriarcado. De momento, de vez en cuando, el amor revoluciona nuestras vidas y las de nuestros allegados cuando ese amor desafía la ley, las instituciones, la propiedad privada, la fidelidad, y por consiguiente provoca escándalo social. **El romanticismo se ha definido como un hechizo, una borrachera que anula nuestra sensatez, una enajenación transitoria que traiciona nuestra ideología, nuestros principios**. Rompe familias, destroza parejas, altera el orden social y arrasa nuestras certezas sobre como deberían ser las cosas o como nos gustaría que fuesen.

En el siglo XX, el anarquismo libertario y el movimiento hippie estadounidense reivindicaron el amor libre y lo practicaron, en pequeñas comunas y en grandes colectividades como conicertos de rock, festivales y eventos pacifistas.

La idea del amor como un motor revolucionario, como sucede por ejemplo con la rabia, que sirve para organizarse políticamente, es sumamente seductora porque supondría el fin de la represion y la extensión de nuestro amor mucho más allá de la pareja, que se presenta como una estructura cerrada y egoísta, centrada en sus propios problemas.

La expansión y apertura del amor a nuestros semejantes supondría amar a nuestra familia, nuestros amigos, compañer@s de trabajo, vecin@s del barrio, ciudadan@s sin distinciones de clase social, etnia, género o religión; sería **un amor expandido más allá de las etiquetas y de las prohibiciones.** Un amor donde no habría engaños, traición, propiedad privada ni exclusividad. Tampoco existiría el adulterio, los celos, el maltrato, ni el asesinato, pues la envidia y el miedo estarían eliminados en un sistema donde la gente se relacionaría con transparencia, respeto, amor y cariño.

Una utopía amorosa de este calibre transformaría nuestra sociedad en un lugar más amable, más seguro, más pacífico. Por eso la propuesta es dejar de jerarquizar afectos y de considerar lo *otro* o lo *diferente* como algo ajeno a nosotros. Si eliminásemos el miedo a la gente y expandiésemos el amor, caería el racismo, la transfobia, la homofobia y todas las discriminaciones que sufren las mayorías. Porque un mundo basado en el amor, como ya nos han contado Jesucristo o Gandhi, podría acabar con las guerras, el dolor y la explotación de unos pocos sobre la mayoría. Podríamos empezar juntándonos para hablar de qué mundo queremos…



La Batalla de los Sexos

1 El amor y las luchas de poder



El deseo de dominar es el más universal e irresistible que existe, afirmó **Simone de Beauvoi**r. Somos animales gregarios, nos relacionamos entre nosotros jerárquicamente. Los hombres blancos, ricos y heterosexuales ocupan la escala más alta: debajo están los hombres de otro color, los pobres, los homosexuales, los ancianos, las mujeres, las mujeres lesbianas, las mujeres negras, las mujeres transexuales.

Dentro de los grupos humanos también hay jerarquías; por ejemplo, en los cuerpos militares (cabos, oficiales, capitanes, tenientes, etc.), en las empresas (Presidente, Director, Jefe, Encargado, oficinista), en los colegios (Director, profesores, alumnos), en los ayuntamientos alcalde, concejales), en los hospitales (Director, Médico, Enfermero, ATS...)... También en las relaciones emocionales y sentimentales existen estas jerarquías; por ejemplo, en el seno de una familia nuclear tradicional (Patriarca, Madre, Abuelos, Hijos, Nietos).

En el amor nos relacionamos también en relaciones de dominación y sumisión. Para que ambos miembros se relacionen igualitaria y libremente, debe primar la sinceridad, la generosidad, la comunicación, la solidaridad y el compañerismo. Y también la igualdad en la intesidad de los afectos. No siempre es posible que nos amen locamente, y no siempre es posible entregarse completamente al amor. Por eso a **menudo el amor es un campo de batalla en el que unos están deseando ser rescatados, otros luchan por no perder su autonomía e independencia, otros que pasan a depender del uno, y unos que luchan contra sus sentimientos.**

Si el sentimiento amoroso fuese como un grifo, podríamos controlar las dosis de agua, cerrar de vez en cuando, abrir cuando nos apetezca, y disminuir o aumentar la intensidad a nuestro capricho. El problema, creo, es que la pasión suele ser como una inundación arrasadora que no sigue los cauces de los ríos sino que los desborda, invadiendo parcelas de nosotros mismos sin que podamos evitarlo. De ahí vienen las

luchas; enamorarse es como reconocer que hemos otorgado a una persona todo nuestro poder. Enamorarse es "caer"bajo el hechizo, como **Tristán e Isolda**, ser débil, verse controlado por fuerzas irracionales que escapan a nuestra voluntad y que limitan nuestro libre albedrío.

Es increíble la cantidad de gente que está enamorada de gente que ama a otra gente. Como si estuviéramos predestinados a no encontrarnos nunca en una serie de persecuciones. Amamos lo que no poseemos, y una vez que lo tenemos, dejamos de valorarlo y vamos en busca de nuevas emociones, de nuevas conquistas y nuevos retos. Dicen algunos científicos que esto se debe a varios factores: el pasado cazador del ser humano, su ansia de emociones fuertes o el hecho de que el ser humano es un ser deseante, eternamente insatisfecho.

El deseo muere con su realización. Por eso el ser humano está siempre sufriendo en pos de conquistas nuevas, porque **la pasión es una emoción intensa similar a la que provocan las drogas, el deporte de riesgo, la fiesta o la aventura.** Y cuando la pasión muere o decrece, hay varias opciones:
- Seguir en pareja, alimentar la pasión y disfrutar de la complicidad, la ayuda mutua, el compañerismo y el cariño de la otra persona. Cuando la pasión decrece hay que currárselo, nutrir la relación, mantenerla viva. Yo siempre comparo el amor con una hoguera a la que hay que alimentar continuamente, y a partes iguales, porque hay veces que se desloma uno sólo echando leños.
- Otra opción es partir en busca de nuevos desafíos, de pasiones que te descentren, te descoloquen, te cambien la vida o te arrastren irracionalmente hacia el objeto de deseo.
- Descansar de tanta pasión y dedicar la energía a otras personas o a otras actividades más creativas.

Dice **Denis De Rougemon**t que el amor pasional de verdad es como el de **Romeo y Julieta;** un amor que se nutre de la imposibilidad, de los obstáculos y las barreras a vencer. Por eso la historia de Julieta y Romeo no termina con un "y vivieron felices"; sino en tragedia y muerte. La pasión termina con la rutina y se alimenta con la separación y la imposibilidad. Las grandes historias de amor, afirma Rougemont, son las que se dan entre parejas que no pueden disfrutar plenamente el uno del otro por varias razones: familias enfrentadas, adulterios, amores interclasistas o interraciales, diferencias de edad, etnia o religión, etc.

Las mujeres y los hombres han intentado dominarse mutuamente desde el principio de los tiempos. En las culturas patriarcales, las mujeres han estado siempre controladas y domesticadas por su padre primero, y por su esposo después. A su vez, muchas mujeres machistas pretenden controlar a los hombres con su poder sobre la cocina y la casa; a muchas madres no se les ocurre enseñar a sus hijos varones o a sus maridos a planchar o cocinar por miedo a que no las necesiten, porque se saben únicas en determinadas artes que los hombres no conocen, y por ello se sienten útiles e imprescindibles.

En la actualidad de Occidente, las mujeres no pertenecemos legalmente a nadie y podemos hacer lo que queramos con nuestra vida una vez alcanzada la mayoría de edad. Sin embargo, muchas mujeres independientes no han logrado deshacerse de las cadenas que aún las atan a los hombres. Ya lo decía **Marta Sánchez** en una canción "*me has sometido aunque nunca me hayas obligado... con solo una mirada, con solo una palabra, me puedes destrozar, me puedes convencer, me puedes convertir, en lo*

que quieras tú". Sin embargo, esta esclavitud de amor no conoce barreras de género; también los hombres se ven sometidos a la fuerza del amor, y también ellos tratan de resistirse a ser presas de caza. Nadie quiere ser dominado por sentimientos irracionales o por otra persona; excepto los y las masoquistas.

Pienso en que lo ideal sería que fuésemos tal y como somos con las personas aunque nos enamoremos de ellas; y que nos relacionásemos amorosamente entre nosotros, sin luchas de poder. Pero la pulsión pasional occidental es posesiva, caprichosa, egoísta; y casi siempre va unida a la fantasía y la idealización. La pasión disminuye cuando nos damos cuenta de que el otro no es perfecto, o que no es como querríamos que fuese. Si uno de los dos trata de cambiar al otro, se arruina la pasión: una persona domesticada ya no es la persona libre de la que nos enamoramos.

El amor **es la capacidad de relacionarse igualitariamente, sin tratar al otro como un objeto, sino como otro ser libre** con el que compartir experiencias. Querer a alguien es quererlo tal y como es, con sus defectos y con sus defectos. Querer a alguien no es querer poseerlo, sino verlo libre y a nuestro lado, en una suma en la que uno más uno es dos, no uno. Pero amar es complicado porque el ser humano se apega demasiado a las cosas y personas a las que ama, y tiene un miedo terrible a perder seres queridos. Porque amamos egoístamente y tenemos fobia a la soledad. Y **la gran quimera del amor**, la más grande falacia, es que teniendo una pareja a tu lado, nunca más vas a sentirte solo.

Muchas personas creen que el amor es la salvación; es como una nueva religión. Ahora que sabemos que estamos solos, que Dios ha muerto, **buscamos lo sagrado en relaciones ideales que nos mitiguen el miedo a la muerte y a la soledad**, en emociones desatadas que nos entretengan del miedo al vacío. Le pedimos mucho al amor en ese sentido, y por eso nos sentimos heridos, decepcionados, engañados, cuando comprobamos que ni una sola persona en el mundo nos va llenar por completo en todos los aspectos de la vida y para siempre. Nos cuesta aceptar que somos seres autónomos que nos relacionamos con el resto en base a nuestras expectativas, intereses y deseos, y que por ello precisamente, las relaciones humanas en general son difíciles, y a menudo dolorosas.

Supongo que sufriríamos menos si amasemos con menos egoísmo y disfrutásemos con el amor que sentimos hacia el otro, sin esperar nada a cambio, sin necesidad de poseer a esa persona. E**l amor-pasión es una construcción cultural al que van ligadas muchas otras construcciones culturales:** la propiedad privada, la exclusividad, el contrato, el compromiso. Y a otros sentimientos naturales como el miedo, la necesidad de sentirse valorado y querido, de sentirse acompañado. Los seres humanos necesitamos protección, estabilidad y seguridad, y a la vez, contradictoriamente, la necesidad de arriesgar, de aventurarse y vivir experiencias nuevas. Por eso es tan complicado... y porque siempre queremos lo que no tenemos o lo que hemos perdido para siempre.

2 El miedo masculino a la potencia sexual femenina



Entre 1970 y 1988, ***William Hartman****n, del Centro para Problemas Maritales y Sexuales, en California, monitorizó el orgasmo de 469 mujeres y 289 hombres voluntarios. El mayor número de orgasmos en una hora fue de 134 para la mujer y 16 para el hombre.*

El miedo de los hombres a la potencia arrasadora de la sexualidad femenina ha sido uno de los grandes motivos para encerrar a las mujeres en el ámbito doméstico, para cubrir sus cuerpos (desde el velo hasta el burka), para mutilarlos (dos millones de niñas al año son castradas a manos de sus familiares) y para estigmatizarnos como seres más próximos a la animalidad y la irracionalidad que a la cultura y la civilización humana.

La mayor parte de los monstruos femeninos de las culturas patriarcales son seres eróticos, voraces, insaciables sexualmente, apasionados, crueles hasta el extremo. Las Gorgonas, las Harpías, las Erinias, las Amazonas, las Sirenas, la Esfinge, las Succubus, Medusa, las Lamias, las Centaurides, las Empusas, Artemisa, Afrodita....

Otras diosas monstruosas fueron: **Andras**, un Espectro Bisexual; Astartea, el Ángel del Infierno;**Gomory**, la Maestra del Sexo; **Is Dahut,** la Amante Insaciable; **Perséfone**, la Reina del Inframundo;**Zalir**, la Lesbiana, **Zemunín**, la Prostituta.

Otras mujeres *malas* (malas porque se sienten libres y actúan como quieren) son **Lilith** (para la cultura hebrea) y **Eva** (para la cristiana), porque con su curiosidad corrompen la bondad del hombre.

Lilith es considerada la primera esposa de Adán en la literatura rabínica. En las leyendas populares hebreas es el espíritu del mal y la destrucción, el demonio animal con rostro de mujer. Dios no la creó a partir de la costilla del primer hombre, sino de “inmundicia y sedimento”. Según Erika Bornay (1998), Lilith y Adán nunca encontraron la paz, principalmente porque **Lilith, no queriendo renunciar a su**

igualdad, discutía con su compañero sobre el modo y la forma de realizar su unión carnal.

Lilith consideraba ofensiva la postura recostada que él exigía. **"¿Por qué he de acostarme debajo de ti?", preguntaba, "yo también fui hecha de polvo, y por consiguiente, soy tu igual". Como Adán trató de obligarla por la fuerza, Lilith, airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó**. La diablesa huyó del Edén para siempre y se fue a vivir a la región del aire "*donde se unió al mayor de los demonios y engendró con él toda una estirpe de diablos*".

Las religiones monoteístas, en general, se esfuerzan mucho en condenar el deseo de la mujer y en tratar de constreñir el erotismo femenino a la tarea de la reproducción. Según Erika Bornay, los penitenciales medievales revelan que **el acto carnal entre un hombre y una mujer no unidos en santo matrimonio era considerado más grave que el asesinato:**

"El continuo apelar a la abstinencia, esta insistencia la maldad intrínseca del goce sexual, este desprecio sin paliativos por la carne necesitó de la figura de un "impulsor", un culpable, un ser proclive al pecado, que no fuera aquel hombre creado a "semejanza de Dios". Se necesitaba de "otro" que por la lógica de estas filosofías patrísticas, iba a ser otra: Eva, la Mujer. Es en ella en quien los padres de la Iglesia encarnarán todas las tentaciones del mundo terrenal, el sexo y el demonio. Y ello pese a que en el Antiguo Testamento el hombre reconoce a la mujer como su igual".

La moral patriarcal ha dividido a las mujeres en dos grupos: **las seductoras,** que destacan por su erotismo y sexualidad; sus artes sensuales sirven para desorientar y manipular a los hombres, que tienen que huir de ellas para no sentirse dominados. Y por otro lado están **las discretas, que aparentan no sentir deseo alguno**. Las primeras son *malas* porque son promiscuas, y porque no son sumisas a la autoridad masculina, ni se sienten objeto perteneciente a ningún dueño. Las segundas son las madres y las esposas, esas mujeres complacientes y bondadosas que tienen sexo solo por complacer a sus maridos, no porque lo deseen por ellas mismas.

Esta idea implica que su cuerpo, de algún modo, no es suyo, sino del hombre con el que se casa, del cura que la confiesa, del médico que la explora, del gobernador que ejecuta las leyes, de los parlamentarios que las aprueban. Su cuerpo reproductor es un bien social, por eso la maternidad se contempla como algo obligatorio, *natural* y necesario para las mujeres.

Ya sabemos que a las mujeres que han elegido un camino distinto haciendo ejercicio de su libertad les ha tocado morir torturadas, asesinadas, y quemadas en la hoguera. L**a figura de la bruja, la vampiresa, la loba, la hiena, ha sido común para representar a las mujeres con deseo sexual, y forma parte de las pesadillas del imaginario masculino la mujer a la que ningún hombre sacia.**

En nuestra cultura, las mujeres que han disfrutado de su cuerpo y su sexualidad han sido siempre estigmatizadas socialmente como ***malas mujeres*****, mujeres de vida alegre, mujeres de la calle, putas o ninfómanas**. En definitiva, las mujeres que se apartan de sus estereotipos y roles de género, y su función reproductora, son penalizadas socialmente por ello, y esto ha sido así durante muchos siglos.

Por eso han tenido que recurrir siempre a cómplices y ayudantes para poder vivir su sexualidad al margen de la moral patriarcal. En el caso de las lesbianas, el ambiente

doméstico propició de alguna manera que las mujeres pudieran compartir placeres y cariño sin la represión masculina, aunque siempre en la clandestinidad.

En el caso de las heterosexuales, son las alcahuetas, celestinas, criadas... las que ayudaban a las mujeres recluidas en su casa destinadas a un matrimonio de conveniencia. Ellas facilitaban los acercamientos masculinos, el establecimiento de las citas clandestinas, el reparamiento de virgos antes de las bodas, el adulterio sostenido de las casadas. Y es que la hipocresía cristiana y burguesa daba por sentado que las mujeres no tenían deseos propios y que su deber era guardarse del deseo masculino, siempre potente y desbocado.

El clítoris fue descubierto en el siglo XVI y redescubierto por la sexología a finales del XIX. El orgasmo múltiple en el XX. Cuando digo "fue descubierto" me refiero a que lo descubrió la Ciencia, que hasta entonces había sido exclusivamente cosa de hombres. **Nosotras ya sabíamos lo del clítoris y también conocíamos los orgasmos múltiples sin que ningún especialista nos tuviera que decir nada. Pero para la opinión pública supuso un escándalo** constatar no sólo que la sexualidad femenina no es inferior ni más débil que la masculina, sino probablemente más placentera que la masculina porque la mujer no se descarga y muere, sino que **es capaz de perderse en las cimas del placer sin descender de ellas durante mucho tiempo.**

En el caso de los hombres, el orgasmo es esencial para la inseminación: las embestidas empujan los espermatozoides dentro de la vagina. El óvulo de la mujer, sin embargo, es expulsado naturalmente por el ovario una vez al mes, independientemente de su respuesta sexual; esto es lo que hace**incomprensible la función del orgasmo múltiple para los científicos.**

Según Helen Fisher (2007), una de las causas del orgasmo femenino radica en el placer que siente la mujer: "*para la mujer el orgasmo es un viaje, un estado alterado de conciencia, una realidad diferente que la eleva por una espiral que llega hasta el caos, y que luego le proporciona sensaciones de calma, ternura, y cariño que tienden a cimentar la relación con el compañero*".

Otros autores inciden en la idea de que el orgasmo sacia a la mujer, y eso la induce a permanecer acostada, lo que impide que la esperma escape del canal vaginal. El antropólogo Donald Symons piensa que, al no tener el orgasmo femenino una utilidad directa en la concepción, es un fenómeno anatómico y fisiológico**innecesario que ha subsistido a la evolución femenina solo por su importancia para los hombres**. Como el orgasmo es señal de haber llegado a la máxima satisfacción, a los hombres les gusta que la mujer lo experimente porque es la prueba de la gratificación de su compañera, y tal vez porque suponen que de ese modo tenderá menos a buscar aventuras sexuales.

Desde esta óptica (poco afortunada a mi entender), **el orgasmo femenino sirve o existe para alimentar el Ego del macho y lo prueba el hecho de que muchas fingen tenerlo para no herir a su compañero**. Catharine MacKinnon, por ejemplo, ve en la "simulación del orgasmo" una demostración ejemplar del poder masculino de conformar la interacción entre los sexos de acuerdo con la visión de los hombres, que esperan del orgasmo femenino una prueba de su virilidad y el placer asegurado por esta forma suprema de sumisión.

Como el placer femenino no ha de ser retenido, ni cae en picado como sucede en la eyaculación, **la mujer que disfruta está siempre en el cénit, navegando por las cumbres del éxtasis**. Es, en este sentido, un placer desordenado, sin principio ni fin: "*En su erupción voluptuosa, el cuerpo femenino es desobediencia civil a la*

anatomía impuesta; induce metafóricamente una nueva socialidad, un nuevo exceso; y demuestra lo siguiente, que lo genital y sus placeres localizados son una limitación a la que un día, hace poco, obligamos al cuerpo". (Pascal Bruckner, 1977)

La sexualidad femenina confunde al hombre, según este autor, porque constituye, aun hoy en día, un tipo de sexualidad diferente a la suya, un mundo, pues desconocido y temible. **El hombre nunca puede estar seguro de si su aparato sexual va a funcionar como es debido, si después de una erección podrá lograr otra.** A veces se encuentra atrapado en su propio falo mientras el placer de la mujer se expande en el tiempo y el espacio: "*En los orgasmos de las mujeres habitan unos universos increíbles de los que nos enamoramos locamente a pesar de su distancia insuperable. Aun cuando los gestos de la amada parecen dirigidos y dedicados a nosotros, siguen expresando las oscuras regiones que nos excluyen".* (Bruckner, 1977)

Las mujeres deben orientar y definir su erotismo de acuerdo con las normas dominantes y simultáneamente, con las específicas de su género. Las mujeres tienen así, según **Marcela Lagarde**, una doble asignación erótica: tienen deberes, límites, y prohibiciones, por ser miembros de una determinada cultura, y otros específicos por ser mujeres.

Una de las razones por las que existen entre 85 y 114 millones de niñas y mujeres mutiladas en el planeta es porque se piensa que sin capacidad para tener orgasmo, serán mujeres fieles a sus maridos. Si se mutilan masivamente es porque se sabe que todas las mujeres tienen una sexualidad tan "fuerte" o mayor que la del hombre, y por eso se trata de eliminarla. Porque se entiende el cuerpo femenino como para ser usado por un hombre, no para ser disfrutado por la propia mujer. Y también porque se entiende que la sexualidad femenina ha de ser controlada, constreñida, arrancada, para que no se desparrame y provoque el caos social y económico. El fantasma de la promiscuidad femenina sigue planenado en nuestra cultura como un peligro que atenta contra la inocencia de los niños y niñas, la estabilidad de las familias, el orden de las cosas.

Otro asunto es la promiscuidad masculina, inevitable ante la naturaleza del macho que necesita esparcir sus millones de espermatozoides por doquier. De ahí la doble moral sexual, que entiende que en ellos es un *pecadillo* perdonable, y en ellas una monstruosidad aberrante.

3 La doble moral sexual



Jesús perdonando a una adúltera

La doble moral es un mecanismo ideológico gracias al cual las mujeres son apedreadas hasta la muerte por adulterio, y en cambio los hombres son admirados por su capacidad de seducción y conquista. Según esta doble moral, la promiscuidad femenina es un pecado aberrante digno de castigo, y la masculina es un símbolo de potencia, virilidad y éxito social.

Esta doble moral es la que se inventó la expresión "echar una canita al aire", y que solo sirve para los hombres. Es decir, se entiende que para ellos la monogamia es asfixiante, y muchas veces imposible; por eso **se "perdona" el escarceo amoroso masculino como algo inevitable, saludable, corriente**. Una *canita al aire* es un "pecadillo" del que el hombre puede arrepentirse, véanse la cantidad de canciones en las que el cantante se muestra arrepentido de su *aventurilla* y pide el perdón de la señora esposa. Para lograrlo se denigra a **la amante a la categoría de objeto sexual, o se la acusa de ser una embaucadora perversa que ha "obligado" al macho** a romper con el pacto de fidelidad que suscribe al casarse.

Por ello, se ensalza **la figura de la esposa como el "cimiento del hogar"**, en la canción de José Luis Perales :

Me inventaría un universo hoy si ella no fuera ya mi estrella

y te daría tiernamente amor si no le diera tanto a ella
eres la dulce compañia que pinta su sonrisa
cada día para mi de rojo y miel
eres la dulce tentación,la fuerza
que me empuja cada día a ser infiel,a ser infiel

No, la quiero solo a ella,mi universo es ella nada mas
tú eres la aventura,la risa,la ternura

y ella la que espera en soledad
tú eres mariposa que vuela entre las rosas
y ella es el cimiento de mi hogar,
tú eres mariposa que vuela entre las rosas
y ella es el cimiento de mi hogar

Me perdería en tu silencio hoy si no pensara tanto en ella
y mantendría la mirada en tí si no la viera tanto a ella
y no le llames cobardía
hay cosas que en la vida solo son para dos
tan solo dos

Según esta lógica patriarcal, **los hombres necesitan esposas abnegadas** que dediquen su vida a satisfacer sus necesidades básicas (reproducirse, comer, tener la ropa limpia, la casa reluciente, la curación de sus enfermedades), mucho cariño incondicional, capacidad de aguante, y una fidelidad que asegure la estabilidad psicológica y afectiva de la familia. **Paralelamente, necesitan mujeres jóvenes y bellas que les den *vidilla:***

Corazón Loco:

Una es el amor sagrado
Compañera de mi vida
Esposa y madre a la vez
y la otra es el amor prohibido
Complemento de mi alma
Y a la que no renunciaré
Y ahora ya puedes saber
Como se pueden querer
Dos mujeres a la vez
Y no estar loco

Asi que se entiende que **hemos de ser *comprensivos* con estas necesidades masculinas** que en cambio las mujeres no parecen tener, o no deberían tener. Porque de hecho, si las tienen, son condenadas por la sociedad y la Iglesia, que las aíslan y las echan de la comunidad a la que pertenecen; o son castigadas por el entorno familiar y el Estado: **cárcel, torturas, palizas. También pueden ser desfiguradas, rociadas con ácido, apedreadas, descuartizadas, violadas.**

En sociedades más igualitarias, las mujeres que ejercen su sexualidad y afectos con libertad son etiquetadas como *ninfómanas, putas, zorras, guarras, frescas*. Pero en muchos países del planeta, **la promiscuidad femenina es sinónimo de ostracismo o muerte porque atenta contra el honor masculino.** Por eso maridos, hermanos, padres o primos pueden matar a las mujeres que ensucian su nombre; por eso a estos femicidios se los sigue denominando **"crímenes**

pasionales", y hasta cierto punto se comprende que un hombre ejerza su brutalidad sobre su propiedad porque "tiene motivos".

Bases históricas y sociales de la doble moral sexual

Según Barash y Lipton (2003), la doble moral está muy extendida **en la mayoría de las sociedades patriarcales: los hombres disfrutan de mucha mayor libertad que las mujeres para practicar el sexo fuera del matrimonio**. Tras examinar 116 culturas diferentes, la antropóloga Gwen Broude señaló que mientras que 63 permiten el sexo extramarital de los maridos, sólo 13 se lo permiten a las mujeres.

La promiscuidad femenina sigue estando peor vista que la masculina, no solo entre los hombres, sino también entre las propias mujeres (Robinson y otros, 1991; A. de Miguel, 1992). En las sociedades patriarcales los hombres aprenden que su promiscuidad sexual es un signo del que jactarse, mientras que las mujeres aprenden que es un signo del que avergonzarse. **La disparidad de cifras en las encuestas sugieren que las mujeres ocultan sus infidelidades en mucho mayor grado que los hombres, que tienden a mentir aumentando la cifra de mujeres con las que han compartido una intimidad sexual.**

Esto sucede porque, según Franca Basaglia (1983), el cuerpo femenino es la base para definir la condición de la mujer como un cuerpo apto para la procreación, para dar vida y placer a los hombres.

Y sin embargo, numerosos estudios como los de Beach y Ford (1951) señalan que **existe una marcada tendencia a buscar relaciones sexuales fuera de la pareja en prácticamente todas las sociedades humanas, tanto en hombres como en mujeres.** Prueba de ello son las culturas donde no existen presiones sociales contra la promiscuidad femenina, en las que **las mujeres inician las demandas sexuales con la misma frecuencia que los hombres (Yela, 2002).**

Sin embargo, en las sociedades patriarcales, la infidelidad femenina es uno de los terrores masculinos más comunes, porque ser un *cornudo* es símbolo de debilidad, de poca virilidad, de pérdida del honor. Y porque siempre se ha considerado que la sexualidad femenina no es para ella, sino que existe para el otro, es decir, que tiene que servir para el placer masculino. Se ha concebido siempre como un medio, no como un fin en sí mismo del que el hombre pueda sentirse excluido.

De ahí que en la revolución sexual de los años 60-70 las feministas lucharan por **alejar el cuerpo femenino de la jurisdicción de la Iglesia, el Estado, la Medicina, la moral patriarcal y el macho dominante.** Alejandra Kollontai denunció que *la doble moral sexual* se sostiene sobre la falsa idea de que **los hombres tienen derecho a disfrutar de su sexualidad y las mujeres no, porque sus necesidades sexuales "no son tan fuertes como las de los hombres", o porque se considera que ellas no deben disponer de su propia sexualidad para la obtención de su propio placer.**

En 1978 el adulterio dejó de ser un delito penado con cárcel en España, y las leyes que permitieron el divorcio supusieron un gran avance en la lucha por la igualdad; sin embargo, **el estereotipo negativo de la mujer libre sigue siendo presentado en las películas, canciones, novelas, etc**. Las promiscuas siempre obtienen su

merecido castigo en las producciones culturales, como es el caso de *Madame Bovary o Las amistades peligrosas*, sencillamente porque se entiende que ponen en peligro el orden social, la estabilidad conyugal, la institución del matrimonio.

En Irán siguen muriendo mujeres lapidadas por haber cometido adulterio; y en España l@s adolescentes claman indignad@s contra las "guarrillas" (chicas que no practican el noviazgo monogámico tradicional y mantienen relaciones con quien quieren y cuando quieren).

Lo preocupante además es que **en esta denigración de la libertad sexual femenina participan las propias mujeres** que critican a las que se salen de la norma patriarcal. Son esas chicas que se enorgullecen de que sus novios no las dejen llevar faldas cortas, no les permitan hablar con otros chicos, o salir con sus amigas de fiesta. Entienden que la posesividad es una expresión de amor, y se torturan cuando sienten atracción sexual hacia otros machos. Y lo peor, **piensan que sus hombres no es que sean infieles, es que son tentados por las perversas mujeres que con sus encantos los obligan a traicionarlas.**

Es decir, se culpabiliza a las amantes, nunca a la pareja, como si los *pobrecitos* machos se vieran arrastrados hacia el mal en contra de su voluntad. De este modo, se incentiva la rivalidad femenina, muy útil para que las mujeres sigan compitiendo entre sí por enamorar al macho más guapo, más chulo, más gallito, y **luchando contra las demás mujeres, consideradas "enemigas".**

Esto promueve que las mujeres se encierren en espacios domésticos, aisladas de otras mujeres, y se pasen la vida regañando a su marido, que siempre se siente atraído por los espacios públicos, los bares, los burdeles. Cuanto más miedosa y posesiva es una mujer, más se aleja del "hogar" el hombre, que necesita reafirmar su hombría más allá de las cuatro paredes de la casa, y ejercer su libertad, siempre amenazada por la esposa.

Lo increíble es que en nuestra cultura se sigan reproduciendo estos esquemas; solo con ver una telenovela latinoamericana podemos ver como las mujeres buenas sirven para casarse, porque son fieles, y las mujeres malas para mantener relaciones sexuales sin compromiso afectivo.

Y así seguiremos mientras los escritores, guionistas, productores, etc nos sigan contando los mismos cuentos, nos sigan cantando las mismas canciones.

4 La dependencia emocional femenina



"Yo no sé qué me pasa, pero cada vez que me pongo en pareja me vuelvo idiota, medio tonta. Cuando estoy sola sé quién soy y no me pongo a esconder mi inteligencia ni mi lucidez. Es más, las pongo en práctica cuando conozco a un hombre, porque forman parte de mi atractivo y seducción. Pero al poco tiempo empiezo a perderme a mí misma, a encogerme, a jugar el juego del otro, a vestirme como le gusta... Creo que me encojo porque temo que la relación corra peligro, pero en realidad lo único que consigo es que la relación termine siendo un fiasco. A veces siento que me achico para estar a su mismo nivel, es como ponerme debajo de un alero que parece más seguro" .

"Cuando para ser amada trato de ser como el otro quiere, lo único que consigo es alienarme en cada relación que tengo. Es una pretensión absurda porque si yo no me acepto a mí misma como soy, ¿cómo puedo esperar que otro me acepte? Muchas veces me pregunto qué le pedimos al amor realmente. Creo que la aceptación de una misma".

Testimonios de Mujeres en el libro de Clara Coria, 2005

Creo que la contradicción principal de las mujeres posmodernas reside principalmente en el amor a la libertad por un lado, y la adicción al amor por otro. Esta profunda contradicción entre la autonomía y el deseo de tener pareja nos causa tormentosas luchas internas. Por un lado, somos profundamente dependientes en el terreno emocional de los hombres y nuestra autoestima está muy ligada al deseo masculino (es decir, en nuestro estado de ánimo influye el grado la atracción que ejercemos sobre ellos). Pese a que hoy estamos formadas (y seguimos mejorando nuestra formación), hablamos idiomas, somos expertas profesionales, lideramos empresas y partidos políticos, criamos hijos e hijas, etc. las mujeres seguimos dando mucha importancia al amor romántico y a las relaciones sentimentales y sexuales. De hecho, existe una especie de competición entre nosotras y contra nosotras mismas por estar jóvenes y guapas: es sorprendente la dosis de sufrimiento de las mujeres que se someten a la *tiranía de la belleza* operándose, gastandose fortunas en cosméticos y tratamientos, y luchando contra la vejez hasta la muerte .

Deseamos conciliar nuestra vida profesional y familiar, tener tiempo para nosotras mismas, y disfrutamos de la libertad que nuestras abuelas no tuvieron, sabiendo que somos afortunadas. Sin embargo, **necesitamos sentirnos amadas para sentirnos completas**, y seguimos siendo incapaces de acabar con la batalla de sexos que existe desde hace milenios. **Y esto afecta por igual a mujeres heterosexuales y homosexuales, dado que la dependencia es transversal a nuestra educación femenina.**

Según Lipovetsky (1999), las mujeres hemos tomado distancia respecto del lenguaje romántico, y nos hemos mostrado cada vez más reacias a sacrificar estudios y profesión en el altar del amor, "*pero su adhesión privilegiada al ideal amoroso se ha mantenido, han seguido soñando masivamente con el gran amor, siquiera sea fuera del matrimonio. (...) No hay que hacerse ilusiones: incluso en lo más álgido del período contestatario, las mujeres jamás han renunciado a soñar con el amor. Lo que se ha eufemizado es el discurso sentimental, no las expectativas ni los valores amorosos*".

Tras la revolución sexual de los años 60 y 70 en Occidente, l**as relaciones igualitarias se convirtieron en el modelo ideal a seguir, pero desafortunadamente sigue siendo, hoy en día, una *utopía emocional***. El mito de la media naranja se ha insertado en el imaginario colectivo de una forma perniciosa, porque ha supuesto que 1 más 1 es 1, no 2. Es decir, en toda relación de dos personas, siempre hay que tener en cuenta de que se trata de dos personas, no de un solo individuo. Cada persona tiene sus aficiones, su red propia de amigos íntimos, su familia, sus creencias, sus costumbres, sus maneras de entender la vida. En el amor ambas esferas se complementan, y a menudo los seres humanos encuentran multitud de afinidades y semejanzas entre su mundo y el de su pareja, lo que hace felices a los amantes. **En una relación amorosa compartir tiempo y aficiones es fundamental, pero también es importante tener un espacio y un tiempo propios, y no perder la identidad y las redes sociales cuando establecemos una relación íntima con alguien.**

Tras el proceso de enamoramiento, normalmente las parejas encuentran una especie de equilibrio entre sí mismos y la otra persona. Las diferencias entre los enamorados enriquecen la relación, porque el amor es una apertura al otro y al mundo, es una forma de ampliar nuestros estrechos horizontes, es una posibilidad de conocer otra forma de entender la realidad, proceso que es en sí fascinante. Sin embargo, hay parejas que se encierran en esa *realidad* formada por la unión de *dos*realidades, del mismo modo que el pensamiento occidental se encerró en pares de opuestos (masculino/femenino, orden/desorden, cultura/naturaleza, buenos/malos, etc.) para entender y clasificar la Realidad. Así se empobrece el pensamiento y las experiencias vitales, dado que la Realidad es sumamente colorida y compleja, atravesada por multitud de factores interdependientes.

Las relaciones afectivas de las personas están compuestas por un complejo entramado de relaciones en los que participan multitud de personas: nuestros vecinos, nuestras familias, nuestros amigos y amigas, nuestros conocidos, compañeros de estudios o de trabajo, etc. Todas estas personas nos enriquecen porque nos hacen ver la realidad desplegada en mil formas de entender la vida y de vivirla. Por eso, **un error grave que cometen muchas personas es abandonar sus redes emocionales pensando que la pareja podrá colmar toda la necesidad de afecto y de interacción que tenemos con el resto de la sociedad.** Muchas veces esas relaciones, si no mueren, al menos se desplazan a un segundo plano en la vida de muchas personas, que se centran en su amor de un modo exclusivo.

Para Claria Coria, las relaciones sentimentales entre hombres y mujeres es el lugar en el que se aprecian visiblemente las diversas formas de subordinación femenina promovidas y legitimadas por los roles sociales asignados a las mujeres. Estas asignaciones adoptan diversas formas y podemos encontrarlas en los distintos órdenes de la sociedad:
- En los países "avanzados" las mujeres se desprenden de su apellido (y a veces también de su nombre) al casarse.
- Las normas sociales no escritas pero ampliamente difundidas colocan a las mujeres en situación de postergar sus estudios o desarrollos laborales para hacerse cargo de los hijos en común, haciendo posible la promoción laboral de sus maridos.
- La sexuación del dinero sigue estando presente en todas las culturas occidentales judeocristianas, lo que mantiene a las mujeres marginadas del poder económico.

En estas condiciones, cuando el amor se acaba, las mujeres no sólo pierden la relación amorosa sino también su estilo de vida ideal, sus sueños y su proyecto vital, y el eje en el que centraron sus vidas.

"Para el que se cuelga de otro, la soledad es terrorífica porque pierde la base de sustento. La cosa es estar con el otro desde una, no desde el centro del otro" .

Para Clara Coria (2005), es fundamental visibilizar el coste psíquico y emocional que la entrega y el autosacrificio tienen en las mujeres. Tener que perder, sostener, ceder, postergar, etc. ha sido reificado en el imaginario colectivo, convertido en "c*ondiciones naturales femeninas que terminan resultando obvios para todo el mundo, y en consecuencia, invisibles*". Coria define los costos como inversiones humanas (afectivas, de tiempo, de espacios, asunción de responsabilidades, etc.) que son asumidas unilateralmente por una gran cantidad de mujeres: "*El ocultamiento de los costos es una de las contradicciones más fraudulentas del imaginario social porque no existe nada, absolutamente nada en la vida que deje de estar acompañado por su costo*".

Para Coria el imperio femenino del aguante es una de las manifestaciones de la opresión. Supone tolerar presiones, contener emociones, silenciar opiniones, inhibir acciones, posponer anhelos y realizar una cantidad inimaginable de acomodos al servicio de *aplacar* . **También los hombres han de pagar un precio por la dependencia que se instala en las relaciones pasionales. Si la compañera es dependiente, ellos se verán más constreñidos y se sentirán siempre culpables en su relación con la mujer. Si son ellos los que se sienten dependientes, a menudo sufren, por ejemplo, los que buscan en sus compañeras un amor maternal e incondicional**. Los varones que se agarran a este tipo de relaciones, especialmente los varones que sueñan con ser libres de todo tipo de ataduras emocionales, experimentan una lucha interna sin cuartel entre sus deseos de ser libres y su necesidad de alguien que los apoye incondicionalmente.

Las mujeres "maternales" por su parte pierden la oportunidad de instalarse frente a sus parejas en un vínculo de pares, "*ya que el modelo de amor materno filial es necesariamente un modelo de dependencia entre una parte que abastece, cuida, orienta, estimula y otra que requiere ser cuidada, abastecida, estimulada, etc. (...) La sumisión inconsciente a un modelo de relación que convierte al ser amado en una especie de rey al que hay que satisfacer a costa de cualquier renunciamiento, instala a quien así lo hace en un lugar de súbdito, con su correspondiente actitud de servicio. Así, cuando el modelo de amor maternal se traslada a las relaciones entre adultos, se instala algo parecido a una monarquía virtual".*

Es por esto por lo que muchas mujeres buscan desesperadamente el amor, para lo cual están dispuestas a acomodarse incondicionalmente al varón. Coria (2005) pone de ejemplo ciertas mujeres jóvenes y solteras que toleran vínculos con hombres casados

durante años sin poder formar una familia porque su enamorado sigue haciendo hijos con su esposa, o mujeres que aceptan las propuestas masculinas de mantener un vínculo amoroso "libre" que termina siendo unilateral "*porque significa tolerar las relaciones amorosas de su amado con otras mujeres mientras ellas siguen prisioneras de lo que para ellas es su "único y verdadero amor"*.

Para Clara Coria (2005) el problema fundamental estriba en lo que ella denomina las distintas formas del *cajoneo*, que consiste en acomodarse forzadamente al gusto ajeno, privilegiar exclusivamente los anhelos del ser querido o esconder lo más auténtico de la propia personalidad, aunque el coste sea anularse como persona. Para Coria resulta claro que el motivo evidente que origina muchos de estos "cajoneos" tiene su origen en el deseo de agradar que han heredado culturalmente las mujeres a través de la educación:

"Dicho deseo es, sin duda, una necesidad muy humana (...) resulta muy reconfortante despertar el interés y la aceptación de quien nos atrae. Sabemos que cuando el afecto es correspondido se consolida nuestra estima, se regocija el corazón y se apaciguan los temores de abandono. Cuando esto sucede, se abre ante nosotras la promesa de un futuro compartido. El agrado recíproco hace de la esperanza un puerto confiable, un lugar donde recalar, un rincón de certeza en la vastedad incierta que es la vida" (Coria, 2005).

A las mujeres se las ha educado en la cultura patriarcal para que sean entregadas, para que se autosacrifiquen por los demás, para que antepongan las necesidades de los demás a las suyas propias. Algunas terminan confundiendo amor con servilismo, otras caen en el rencor absoluto (hacia los demás y hacia sí mismas):

"*Algunas personas exageran sus afanes por satisfacer las demandas del ser querido, dispuestas a "sacrificarse" con la remota esperanza (consciente o inconsciente) de que dichos "sacrificios" les garanticen un amor vitalicio. Con frecuencia, estos sacrificios son en realidad renuncias unilaterales que no hacen sino intensificar las expectativas de retribución por parte de quien así se sacrifica. Expectativas que, con frecuencia, se transforman en demandas asfixiantes hacia el beneficiario de dichos "sacrificios", (...) que suele sentirse tan agobiado por el peso de la demanda que el vínculo amoroso se transforma en un cautiverio infernal"*. (Clara Coria)

Dar exigiendo lo mismo a cambio no es actuar desinteresadamente, sino con vistas a hacerse imprescindible para el otro; de este modo la pareja es una relación contractual con derechos y obligaciones. Ese contrato es lo que ahoga el amor en ocasiones, porque uno pierde la inocencia en su entrega cuando el otro exige la misma intensidad que da y cuando una se pone a calcular lo que le da la otra persona. Y, sin embargo, la libertad y la entrega son consustanciales al amor, que no se puede explicar como un pacto racional, pese a que nosotros lo encuadremos en instituciones como el matrimonio.

La posesividad que sienten algunas mujeres hacia sus parejas (homo y heterosexuales) corresponde a un miedo terrible a perder, de ahí el deseo de acumulación, la necesidad de controlar el futuro, de establecer unas pautas marcadas para que todo siga siempre igual. **Este miedo es lo que nos hace ser posesivos; y además demuestra que el amor romántico es individualista y egoísta, porque a veces exigimos un nivel de reciprocidad que convierte a las relaciones humanas en inversiones de las que tenemos derecho a obtener resultados visibles.**

En la posmodernidad existe una tendencia del hombre posmoderno a *aprovechar la libertad* de su soltería (especialmente en la juventud), y de la mujer a querer vivir una aventura amorosa excitante y prolongada, a querer encontrar la plenitud y la vida en sus relaciones sexuales y sentimentales. Esta tendencia va transformándose con el paso

del tiempo, porque **las mujeres valoramos cada vez más nuestra independencia y autonomía, y ya no necesitamos recursos, protección ni ayuda de los hombres.**

No los necesitamos, pero seguimos deseándolos, lo que demuestra que la cultura amorosa patriarcal está inserta muy dentro de nuestros subconscientes, actuando de transfondo de nuestras emociones. Y es que creo que es en el amor donde se encuentra el último reducto del patriarcado, ya que es en el seno de la pareja donde cristaliza ese juego de dependencias mutuas.

Del mismo modo que los hombres necesitan poder, las mujeres también necesitamos sentirnos poderosas con respecto a ellos. Muchas construyen su autoestima en torno a la valoración que le otorga su pareja, por eso las rupturas con un ser amado también conllevan muchas otras pérdidas personales y la cristalización de muchos de nuestros miedos. Ahora tenemos independencia económica, pero antes solo podíamos alcanzar estatus y acceso a los recursos a través del matrimonio.

Las mujeres posmodernas desean moverse en el ámbito masculino (el mundo público) con libertad y en igualdad de condiciones, y el amor sigue siendo una forma de relacionarse con los hombres en ese ámbito. A veces nos acusan de utilizar nuestras habilidades en el ámbito de los sentimientos para sentir que tenemos el poder sobre ellos; las pesadillas masculinas siempre tratan de huir de las mujeres insaciables que les devoran y les anulan la personalidad, aislándolos de su entorno vital y sobre todo, de su mundo masculino.

A pesar de los miedos, es muy importante apreciar el hecho de que las mujeres **vamos conquistando lentamente la independencia emocional. Una prueba de ello es el aumento de las que viven solas y tienen relaciones libres esporádicas o estables con otros hombres con los que no desean comprometerse**. A menudo prefieren la soledad porque vivir en compañía es difícil, la convivencia es muy dura, y en ocasiones nos sentimos encerrados cuando formalizamos una relación.

Por eso en ocasiones el hombre y la mujer posmoderna tratan de enfriar las relaciones y mantener al amor o la pasión en un segundo plano, de modo que no desequilibre sus vidas; la soledad es cómoda porque no plantea problemas. **La desventaja de la soledad es que es también muy dura, especialmente cuando enfermamos, o cuando pasamos malas épocas (en el trabajo, con la familia, con nosotros mismos) y necesitamos que nos escuchen y nos apoyen.**

Lo curioso es, sin embargo, que la tercera generación de mujeres, las que en la actualidad son**adolescentes, establecen unas relaciones amorosas muy tradicionales**. Si en mi generación las mujeres hemos hecho alarde de ser libres, y hemos roto definitivamente las cadenas que ataban a nuestras madres (hemos hablado de sexo antes de practicarlo, usamos con naturalidad píldoras, condones, dius y anillos, no necesitamos casarnos para nada, y podemos tener relaciones con quien queramos), **la nueva generación parece volver a la idea del "tú y yo para siempre"**. Psicólogos, educadores sociales y asistentes sociales muestran su asombro al comprobar cómo muchas de estas niñas, especialmente las de clase baja y ambientes marginales, se someten voluntariamente a su *macho,* permiten que su macho se pelee con otros "por ella", permite que su*macho* la vigile y la lleve a casa cuando el *macho* considera que es el momento de seguir divirtiéndose solo o con amigos.

Estas adolescentes por un lado se presentan como **mujeres duras,** y se visten como **guerreras hiphoperas**, aunque su atuendo de gala se caracterice por un uso

exagerado del bolso y los zapatos de tacón que llevaban nuestras abuelas y madres. Entenderemos este fenómeno mejor si pensamos en la Juani de *Yo soy la Juani*. Este tipo de niñas-mujeres sufren una contradicción enorme entre lo que son cuando están sin novio y en lo que se convierten cuando lo tienen; es frecuente que muchas piensen que no es malo que tu pareja te de un *cachete* de vez en cuando. E**stán insensibilizadas con respecto a la opresión patriarcal, no saben de feminismos, y lo de violencia de género lo asumen como violencia pasional. A las novias fieles, los niños-hombre las dotan de un estatus de respetabilidad; a las mujeres que tienen relaciones libres se las llama *guarrillas:* la doble moral sigue inserta en lo más profundo del imaginario colectivo.**

Es un fenómeno que sin embargo hasta ahora no ha sido analizado con suficiente profundidad; pero queremos subrayar su complejidad porque también se ha percibido una integración de los modelos amorosos latinoamericanos en los amores adolescentes de la calle o del instituto. De algún modo, los valores latinos, su pasionalidad, su división de roles y sus rígidos estereotipos (ellas están locas por tener novio a toda costa, ellos siempre tratan de ponerlas los cuernos sin que ellas los dejen), están mezclándose en nuestro país con los modelos amorosos posmodernos.

Habrá que ver el resultado de esa mezcla, porque es un fenómeno radicalmente contrario al ambiente urbano juvenil en general. Las generaciones de mujeres universitarias que han surgido desde la transición española hasta la actualidad, nos sentimos orgullosas de estudiar, de ser autónomas. Valoramos nuestra independencia y las oportunidades que hemos tenido, porque nuestras abuelas no las tuvieron. Deseamos relaciones igualitarias con hombres que sean capaces de disfrutar de una relación sin miedos e inseguridades. Controlamos nuestra capacidad reproductora y somos más dueñas de nuestros cuerpos que nunca; por supuesto no permitiríamos que un macho alfa se pelease con otro alfa por nosotras, porque no somos propiedad de nadie.

Nuestras formas de relacionarnos con el otro sexo oscilan entre el romanticismo idealizado, la pasión turbulenta o los períodos de descanso emocional y desenfreno sexual. Muchas buscan a su príncipe azul y mientras se divierten; otras ya lo tienen y lo disfrutan; unas se cansan pronto y buscan de nuevo otro príncipe azul.

Nuestras abuelas admiten que aguantaron demasiado, "*pero vosotras no aguantáis ná*". **La mujer posmoderna es exigente porque desea un hombre que cumpla sus expectativas: un hombre que no sea machista, que no nos sustituya por su madre, que no nos huya como a las esposas, que sea capaz de relacionarse libre e igualitariamente con nosotras. Queremos hombres seguros de sí mismos, inteligentes, con sentido del humor, independientes, guapos y con habilidades sociales, y huimos del macho ibérico de doble moral, que va perdiendo poco a poco su atractivo. Queremos demasiado, quizás.**

En ese querer demasiado residen las frustraciones femeninas; quizás es cierto que empleamos excesivo tiempo y energía en la empresa amorosa, cuando nunca obtenemos de ella más que decepciones, luchas de poder, traiciones, huidas y sufrimiento. Esto es así cuantas más expectativas tenemos puestas en el amor como la meta ideal de nuestra vida, o como solución a todos nuestros problemas. Si además de amor queremos lograr a través de él la felicidad, al final nos perdemos en abstracciones inevitablemente decepcionantes que no nos sirven para relacionarnos con los demás;**sólo amando a los que nos rodean tal y como son podemos realmente**

crear redes emocionales contra la soledad y hacernos la vida más fácil unos a otros.

Es curiosa la afirmación de los estudios sociológicos, que revelan que la verdadera emancipación de las mujeres no se produce al enamorarse y emparejarse, sino después, cuando se separan o enviudan. Las mujeres más mayores están situándose como una de las fuerzas sociales más poderosas en Occidente, pues tienen salud, energía, poder adquisitivo, experiencia en la vida, y redes sociales que les reportan gran satisfacción. Estas mujeres no necesitan ya hombres, y, si establecen relaciones con ellos, es bajo la fórmula de "tú en tu casa y yo en la mía" (especialmente si pueden permitírselo económicamente). Porque, u**na vez alcanzada la autonomía y la independencia, las mujeres menopáusicas no quieren renunciar a ellas por la llegada del amor. Ya no lo es todo en sus vidas, y muchas prescinden de él.**
Porque no lo necesitan para sentirse completas.

5 ¿Están los hombres en crisis?



En la década de los 80, son muchos los escritores que se hacen eco de *la bancarrota* del hombre, mientas que los psicólogos inciden en su creciente desamparo psicológico durante los últimos veinte años, desde que se produjo la revolución feminista y la revolución gay.

Algunos historiadores norteamericanos fechan la aparición de la **crisis masculina en Estados Unidos en la década de los 80 del siglo XX** (Kimmel, 1999); otros a partir de 1890 (Filene y Peter G, 1974). Según estos expertos en *Men's Studies*, la crisis de la masculinidad se hizo evidente cuando las mujeres, igual que en Europa, pretendieron hacer algo más que ser madres hogareñas. Más ruidosas que las europeas, según **Elisabeth Badinter,** manifestaron su cansancio y se rebelaron contra las convenciones. Crearon clubs femeninos, enviaron a sus hijas al colegio y comenzaron a trabajar fuera de casa. La mujer norteamericana reclama para sí el poder de quedarse soltera o casarse según sus sentimientos y voluntad, pero si se casa, tiene menos hijos y no por ello se someterá al marido. Reclaman el derecho al divorcio, y el derecho a votar.

Cuanto más alto expresaban las mujeres sus reivindicaciones más se hacía evidente lavulnerabilidad de los hombres: con un rol masculino incierto y un gran pánico de la feminización, el norteamericano medio de principios de este siglo ya no sabe cómo ser un hombre digno de este apelativo. En 1909 un periodista comentaba ante el éxito en las masas del fútbol americano y el béisbol: «El campo de fútbol es el único lugar en el que la supremacía masculina es incontestable». (Badinter, 1993).

En Francia y España revistas especializadas publicaron números especiales sobre la masculinidad en crisis entre 1970 y 1980. En el ámbito hispanoamericano, la primera revista que dedica un especial a los hombres es ***El Viejo Topo*** en el extra número 10, en los años 70, con colaboraciones de **Gérard Imbert**, Gilles Bienvenu, o Jean Vandenesch.

Es en los 90 cuando los medios de comunicación masivos comienzan a prestar atención a este fenómeno. En EE.UU.,*The Economist* daba la señal de

alarma con su apertura de portada: *The trouble with men*. En su número del 28 de Septiembre de 1996, el tema principal fue analizar la presunta decadencia masculina. **Esta decadencia puede ser debida, se comenta en el artículo, al verse los hombres progresivamente sobrepasados, en todo el Occidente desarrollado, por una imprevista e inminente supremacía femenina.**

Enrique Gil Calvo (2006) hace una síntesis de las cinco áreas donde parece poder probarse cierto declive de la antigua dominación masculina:

– El **acceso masivo de las mujeres a la enseñanza superior** (mientras que los chicos monopolizan el fracaso escolar).

– En el mundo del trabajo los empleos tradicionalmente masculinos de cuello azul disminuyeron por efecto de la reconversión industrial, y se multiplicaron los empleos de cuello blanco (ventas, administración, finanzas, comunicación) y sobre todo, los de cuello rosa (enseñanza, sanidad, hostelería, servicios personales, protección social) **donde las sobreeducadas mujeres cobraban una clara ventaja.**

– En la escena política norteamericana estaba ascendiendo una generación de mujeres que, bajo la égida de Hillary Clinton, imponía su agenda militante a unos partidos políticos todavía masculinos, pero que **cada vez más obligados a obedecer las exigencias femeninas de corrección política, dada la decisiva mayoría de mujeres votantes que determinaban los resultados electorales.**

– **En la estructura familiar, progresivamente monopolizada por mujeres dada la decadencia del matrimonio, el abandono masculino y la notoria ausencia del padre, que determina el crecimiento imparable de los hogares monoparentales matrifocales.**

– Y por último, pero no menos importante, **la evidente autodestructividad masculina**:

«*Patentemente desmoralizados, los varones tiraban la toalla, renunciaban por doquier a la búsqueda del éxito social y se entregaban con resentimiento a la adicción, el nihilismo, y la violencia reactiva. Delincuencia, crimen, suicidio, enfermedades, violaciones, accidentes y toxicomanías parecían las únicas actividades masculinas en alza, determinando entre los hombres unas carreras vitales aparentemente predestinadas a la autodestrucción, los episodios depresivos recurrentes y la muerte temprana*». (Gil Calvo, 2006).

En su extenso ensayo, Gil Calvo enumera las razones por las cuales se ha generalizado entre la opinión pública una caricatura tan peyorativamente antimasculina:

– Puede haber influido la **necesidad de halagar la buena conciencia de las mujeres** que constituyen la mayoría decisiva del público en tanto que consumidoras, telespectadoras, radioyentes, lectoras y electoras (áreas todas estas cuya audiencia agregada es predominantemente femenina).

– **Todos los hombres se acostumbran a representar de mayores «*el más que dudoso papel de héroe maldito de pacotilla*.** *[…] A los hombres, en el fondo, toda esta cruz de la decadencia masculina nos encanta, a pesar de que en principio debería herir nuestro amor propio. Así que toda esta épica de la supuesta degeneración masculina bien pudiera estar principalmente destinada a halagar los*

bajos instintos narcisistas de los hombres, siempre predispuestos a creerse unos niños malos, perversamente capaces de hacer llorar a mamá».

– Podría ser también una **mera estrategia negociadora, que busque recomponer en beneficio exclusivo de los hombres** el viejo contrato sexual: «*En este sentido, si convencemos a la opinión pública de que pronto seremos el segundo sexo, ¿**por qué no reclamar una futura discriminación positiva que beneficie a los varones damnificados en exclusiva?»***

– También podría este lamento sobre la decadencia ocultar, en realidad, una **patética petición de auxilio**. Esta estrategia es una constante: como se supone que los hombres no lloran: *¿quién no se asusta y se apiada ante el llanto masculino?*

Sin embargo, esta oleada de lúgubre melancolía masculina también podría ser sincera:

*"Lo cierto es que nuestra generación (me refiero a los hombres nacidos en Occidente durante la posguerra, que ocupan hoy las posiciones de control sobre la definición de la realidad) es la primera cohorte de varones revestidos de mala conciencia masculina. Al llegar a la mitad del camino de nuestra vida, nos sentimos culpables por casi toda nuestra vida, nuestra ejecutoria previa (anarquismo de los años 60, arribismo de los 70, corrupción de los 80, derrota de los 90) que nos ha llevado a traicionar orígenes, raíces, principios, y señas de identidad, renegando de todas las revoluciones de salón a las que nos aventuramos de boquilla presumiendo heroicidad. Nos sentimos sobre todo culpables por haber traicionado la revolución feminista, en la que nos embarcamos alegremente como compañeros de viaje con la esperanza de explotarla en nuestro exclusivo beneficio, por obra y gracia de la llamada liberación sexual. Verbalmente sostuvimos que nos solidarizábamos con la mujer, a la que paternalistamente reconocimos su igualdad de derecho. Pero, **en la práctica, hemos ejercido la desigualdad de hecho. Esto explica nuestra mala conciencia**.* (Enrique Gil Calvo, 1997).

Otras hipótesis se basan no tanto en la reacción defensiva contra la revolución sexual femenina como en una necesidad estructural masculina, que nace dentro del varón: «*Son los propios hombres quienes se ven en sí mismos obligados a transformarse y cambiar por propia iniciativa, al margen y con independencia de cuál sea por su parte la evolución femenina.*» (Gil Calvo, 1997)

Este autor propone la hipótesis de que la actual crisis de la sensibilidad masculina posmoderna **podría representar la dolorosa transición** «desde el aún vigente pero ya caduco modelo de varón individualista a un incierto y todavía inédito modelo futuro de varón posindividualista. No estaríamos así ante una crisis de mera decadencia como ante una crisis de inicio, conmutación y apertura».

Otros autores como **Moore y Gillette** (1993), y **Robert Bly** creen que las causas de la crisis de la masculinidad se basan principalmente en l**a falta de modelos adecuados de hombres maduros y la carencia de cohesión social y de estructuras institucionales para actualizar el proceso ritual**. Esta carencia provoca la búsqueda identitaria de una solución individual, «cada hombre por sí solo». Durante el transcurso de los siglos de civilización en Occidente, casi todos los procesos rituales se han abandonado o se han deslizado por caminos más angostos y menos energéticos, convirtiéndose en los fenómenos que llamamos pseudoiniciaciones. Gillette y Moore (1993) creen que los hombres actuales necesitan llegar a la

madurez, **aprender a amar y ser amados por el hombre maduro, y mejorar las relaciones masculinas sin competitividad ni hostilidad**:

Al desconectarnos del ritual, hemos acabado con los procesos mediante los cuales hombres y mujeres lograban su identidad de género de una manera profunda, madura yque mejoraba su modo de vida. [...] Estamos rodeados por las manifestaciones de la psicología del adolescente y sus síntomas se pueden advertir fácilmente. Entre ellos están los comportamientos prepotentes y violentos contra los demás, el miedo, la pasividad y la debilidad, la incapacidad de actuar de manera efectiva y creativa en la propia vida y de engendrar la vida y la creatividad en los demás. [...] Lo que está faltando no es la conexión adecuada con lo femenino interior, como muchos psicólogos de prestigio suponen. [...] Lo que está faltándonos es una conexión adecuada con las energías masculinas profundas e instintivas, con los potenciales de la masculinidad madura. Debemos conseguir una sensación de tranquilidad respecto del poder masculino de tal manera que no sea preciso actuar con un comportamiento dominante y agresivo. (Moorey Gillette, 1993).

En la actualidad, Elisabeth Badinter cree que los hombres se hallan en un cruce de caminos que, a menudo, toma para ellos la forma de un dilema insoportable: mutilación de su feminidad o mutilación de su virilidad; «herida mortal para su «alma femenina» o bien ahogamiento en el regazo maternal». Ella cree que la vía intermedia sería la más recomendable, probablemente porque en todo ser humano se encuentran características de todo tipo.

Lo único que ocurre es que unas se han asociado al género femenino y se han mostrado como negativas, y otras se han considerado positivas y pertenecientes al ámbito de la masculinidad. Pero en realidad ambos polos forman un todo; el ser humano es un ser complejo lleno de contradicciones y matices de intensidad, y varía en sus comportamientos a lo largo de su vida. **Las identidades ya no son estables, de modo que ahora es más fácil construirse una propia admitiendo la existencia en uno mismo de características pertenecientes a ambas categorías, despolarizándolas, matándolas en *performances* andróginas**. De este modo, al reconocer en sí mismos la convivencia pacífica de esos modelos bisexuales y la performatividad del género (Beatriz Preciado, 2002), la lucha interna de las personas dejaría de ser tan despiadada, y el género podría dejar de ser un motivo de angustia interna para los hombres.

En este sentido, las mujeres están más liberadas de esa lucha porque tenemos interiorizada de manera natural la masculinidad y la feminidad, sin contradicciones emocionales. Las etiquetas de fortaleza, dureza y valentía, no son exlusivamente masculinas; son adscripciones y estereotipos de géneros creados en el seno de culturas patriarcales que dividen a las personas en dos grupos diferenciados e interdependientes. Y es que la riqueza de los humanos está precisamente en que todas somos vulnerables y fuertes a la vez, activos a veces y pasivos otras, ganadoras y perdedores también.

En general, **la crisis de masculinidad es un fenómeno íntimamente relacionado, creo, con la violencia de género. Muchos de los hombres maltratadores no soportan la autonomía económica de sus compañeras, y temen perderlas por su libertad para moverse, las redes sociales que cultivan, o las pasiones propias que quitan tiempo de atención al marido**. No sólo el empoderamiento femenino, sino también su libertad para irse o quedarse, para cambiar de pareja, para rehacer su vida con quien quiera, son motivos que llevan a

muchos a tratar de controlar a "sus mujeres", de dominarlas físicamente y psíquicamente, de chatajearlas o quitarles la vida; actos de egoísmo puro y de falta de adaptación a las nuevas realidades sociales, políticas, sexuales y emocionales. **Muchos hombres piden ayuda para superar el miedo a la libertad y el poder femenino; pero también es cierto que la principal causa de muerte para las mujeres en todo el planeta sigue siendo el asesinato, a manos de maridos, ex maridos, amantes y pretendientes.**

En el mundo occidental ha emergido una especie de *neomachismo* que se traduce en una deslegitimación continua de los logros feministas. Hombres y mujeres consideran que el feminismo, se igual modo que el ecologismo, es practicado por gente *radical*; el estereotipo de la feminista es una figura desagradable, amargada y odiadora a la que ninguna mujer quiere parecerse. Estos hombres y mujeres esgrimen en los debates una sarta de argumentos anti igualitarios que reflejan las resistencias sexistas a aceptar los cambios en las estructuras familiares, sociopolíticas, afectivas, etc. que se han producido como consecuencia de las políticas de igualdad que se vienen aplicando desde, y gracias a, la revolución feminista de los años 70.

De hecho, la mayor parte de los autores, como **(Robert) Conell** (1995), sitúan la crisis masculina en el seno de la crisis del patriarcado. Los hombres desde entonces se han sentido desorientados ante la ruptura y transformaciones de las estructuras laborales, sociales, económicas, políticas y sobre todo, individuales que están teniendo lugar. Algunos se sienten culpables porque han defendido la lucha feminista, pero luego son incapaces de ceder sus privilegios de clase y de relacionarse igualitariamente en su vida cotidiana, especialmente en lo que concierne a las tareas domésticas. **Las mujeres siguen tratando de concienciar a los hombres de que no han nacido para servirles ni para ser criadas ni madres patriarcales, pero a muchos les costó (y les cuesta todavía) asumirlo y renunciar a tareas desagradables como limpiar los retretes o cambiar pañales,** según Donald H. Bell (1987).

Por otro lado, **los hombres sienten que han perdido sus modelos de referencia, ya que el de sus padres, educados en la cultura patriarcal** (y por tanto machistas, dependientes de sus mujeres, autoritarios, con dificultad para establecer relaciones íntimas y para expresarse emocionalmente) **ya no les sirve como ejemplo a seguir**. Lo que desorienta al varón posmoderno es la libertad a la que se enfrentan, la falta de modelos masculinos no patriarcales y cierto complejo de castración, que simboliza el miedo a la amputación o liquidación de su ser y sus roles de género.

Las mujeres posmodernas, aunque no todas, intentamos, (y vamos consiguiendolo, creo), dejar atrás los estereotipos de madre/santa, virgen/princesa o puta/diablesa, porque no queremos ser encorsetadas bajo etiquetas tan excluyentes. Nos ofrececemos desidealizadas, tal y como somos; pero soñamos con un compañero que sea perfecto, y con una relación que sea todo pasión, respeto, cariño, sexo, cuidados, sinceridad infinita.

Queremos compartir y ser tratadas como iguales, sin paternalismos ni autoritarismo, y sin miedos ancestrales; pero **a los hombres les cuesta, creo, relacionarse igualitariamente, primero porque los entornos masculinos (deportes, negocios) son jerárquicos y competitivos, y segundo porque en la tradición los varones siempre se han situado o bien en un plano superior al colectivo**

femenino, o en un plano de dependencia emocional con respecto a sus madres y esposas.

La crisis de la masculinidad, desde mi punto de vista, es en gran parte identitaria porque los varones ya no sustentan el papel de proveedor principal, cabeza de familia, rey de su casa y amo de sus propiedades, su mujer, sus hijos e hijas. Ya no son necesarios ni para la defensa, ni para el mantenimiento de un hogar, ni para la reproducción, como lo demuestra el aumento de familias monoparentales encabezadas por mujeres independientes, y como lo demuestra el uso de las técnicas de reproducción asistida. Los hombres se quedan desprovistos de autoridad y muchos se declaran angustiados: «*Solo sabemos que estamos angustiados, al borde de sentirnos impotentes, desvalidos, frustrados, aplastados, no queridos ni apreciados, a menudo avergonzados de ser hombres*» (Moore y Gillette, 1993).

Ahora todo es negociable: los hijos e hijas reniegan del padre ausente y apenas conocido, las mujeres se rebelaron hace tiempo contra la doble moral sexual, y los hombres han de asumir las consecuencias de sus actos. **Su constante deseo de escapar (de sí mismo, de sus sentimientos, de sus compromisos, de sus problema**

as, de su paternidad) ha sido denominado *síndrome de evitación*, de ausencia o de abstención masculina.

Según **Fernando Savater**, citado en Gil Calvo (2006), siendo la voluntad masculina potencialmente infinita o al menos indefinida, se ve obligada a tener que elegir trágicamente entre querencias contradictorias: «*Debido a que no se puede querer a la vez todo y ahora, y debido a la necesidad de ordenar y anteponer unas voluntades con preferencia sobre otras,* ***el hombre posmoderno sufre porque no puede tenerlo todo ni imponer su santa voluntad del mismo modo que lo hacía antaño, pese a que sus madres los sigan educando para ser hombres adultos egoístas y ventajistas.»***

Este deseo de evasión de su realidad, su deseo de regresión a la infancia y su falta de implicación emocional ahora es visto como un **signo de inmadurez**, no de autonomía e independencia. Paralelamente, sin embargo, muchas mujeres se resiten a perder sus privilegios de género y se pasan la vida anhelando un hombre que las proteja, las cuide y las mantenga mientras ellas se entregan a la tarea reproductora.

Lo que ocurre es que las mujeres posmodernas también nos sentimos perdidas y de alguna manera, paralelamente al proceso de empoderamiento también estamos viviendo una crisis por las trabas que encontramos en el camino hacia la libertad y el amor. Son dos grandes aspiraciones que sentimos contradictorias de igual modo que los hombres; y además sentimos que los modelos de relación anteriores (el modelo que ofrecen los abuelos o los padres) no nos valen. Tampoco nos son válidas como ejemplo a seguir las ficciones románticas que nos seducen con modelos amorosos idealizados, porque hemos descubierto que el amor no es para siempre y que una cosa es imaginar y otra vivir, y convivir.

Muy a nuestro pesar, descubrimos que el patriarcado está en nuestras emociones, anhelos y objetivos en la vida; y son muchas las personas (mujeres y hombres) que se sienten cómodas adoptando roles y actitudes tradicionales porque no disfrutan saliéndose de los guiones prestablecidos. Las etiquetas nos proporcionan seguridad

porque sabemos cuál es nuestro papel y qué se espera de nosotras; pero muchas otras luchan por romper esas clasificaciones rígidas que empobrecen nuestra vida y nuestras relaciones sexuales y afectivas.

Creo que el camino para ellos y nosotras es construir otros modos de relación más personalizados, basados en reflexiones, apetencias, quereres y acuerdos con compañeros y compañeras que se atrevan a experimentar en el ámbito de la sexualidad y las emociones. No nos queda otro remedio, entonces, que sacudirnos el miedo de encima y buscar nuevos modos de relacionarnos... por ejemplo, configurando pactos continuamente buscando una armonía de poderes, para crear relaciones basadas en la complicidad y el compañerismo, alejadas de las mecánicas de dominación y sumisión tradicionales.

Y por supuesto, compartiendo recursos en políticas de igualdad y saliendo juntos y juntas a la calle, para reivindicar nuestros derechos unidos.

Coral Herrera Gómez

6 El Amor Romántico y la desigualdad laboral. Apuntes para la conciliación y la corresponsabilidad.

¿Por qué las mujeres se habituaron a sacrificar su vida personal, su formación y estudios y su desarrollo profesional por amor a un hombre?, ¿cómo han asumido mujeres y hombres la división artificial de sus tareas y actividades como algo natural?, ¿qué cuentos nos cuentan cuando somos pequeñas para que creamos que hay labores que sólo pueden ser desempeñadas por hombres?, ¿por qué las tareas domésticas y la reproducción son actividades consideradas femeninas, sin remuneración (o con unos salarios y unas condiciones laborales precarias), sin prestigio ni reconocimiento social?, ¿por qué, en cambio, cuando un hombre cose o se pone el delantal gana millones de euros?.

Hoy son muchas las mujeres occidentales que, aún teniendo una formación y un desarrollo profesional de éxito, siguen condicionando sus vidas en torno al amor romántico. Creo que, del mismo modo que es importante seguir desarrollando las políticas de igualdad que favorezcan la plena integración laboral de las mujeres, también es necesario trabajar en el ámbito de los afectos, para luchar no sólo por la autonomía económica, sino también para acabar con la tradicional dependencia emocional femenina.

Estoy convencida de que el último reducto de la desigualdad entre mujeres y hombres se encuentra en el epicentro de nuestra cultura, y por lo tanto en lo más hondo de nuestras emociones. Las representaciones simbólicas femeninas aún están fuertemente estereotipadas y en los relatos los protagonistas siguen siendo mayoritariamente masculinos, lo que condiciona nuestra identidad y nuestro modo de relacionarnos. La cultura, a través de los relatos, influye en nuestros sentimientos, modela nuestro deseo y dirige la creación de nuestros anhelos y expectativas.

La mayor parte de las historias de amor romántico están basadas en un modelo heterosexual idealizado en el que hombres y mujeres nos complementamos a la perfección porque los papeles y la función de cada uno dentro de la pareja están claramente diferenciados. Las mujeres y niñas protagonistas de los cuentos y las películas casi siempre cumplen un papel pasivo (princesa encerrada en su castillo esperando años y siglos). Nosotras aparecemos en los cuentos, las películas, los anuncios publicitarios, las series de televisión, siempre en relación a los protagonistas, normalmente para esperarles, apoyarles incondicionalmente, darles placer, ternura y cuidados que los repongan de las batallas.

El Hombre corre aventuras y lucha contra las fuerzas del mal, convirtiéndose al final en un adulto valiente, responsable y maduro que se ha superado a sí mismo y es capaz de automantenerse. El mito masculino más corriente es el príncipe azul cuya principal función es la de salvar a la mujer (de la pobreza, del trabajo asalariado, del aburrimiento o del maltrato de otras mujeres: madrastras, hermanastras, brujas y reinas malvadas).

En los relatos tradicionales las mujeres, salvo excepciones, no han sido representadas luchando contra el miedo, ni asumiendo su plena responsabilidad sobre su presente y su futuro, dado que su único fin en la vida es esperar a que algo externo cambie su situación. El amado irá a buscarla, se casará con ella y la mantendrá de por vida como a una princesa. Y es que las princesas no necesitan ser autónomas, ni económica, ni emocionalmente: su gran ocupación va a ser cuidar de él y de los hijos e hijas en un hogar idealizado lleno de dicha y amor.

Hablamos, obviamente, de los sueños y aspiraciones de las mujeres del siglo XIX pertenecientes a la clase alta y clase media, dado que las campesinas y las obreras han tenido que trabajar desde siempre, toda su vida, en el ámbito productivo, reproductivo y doméstico, sin más aspiraciones que sobrevivir.

A lo largo del siglo XX, sin embargo, el romanticismo se extendió progresivamente a todas las capas sociales gracias a los medios de comunicación de masas y a la globalización de la cultura occidental. Es así, a través de las industrias culturales, cómo los ideales románticos han llegado a la posmodernidad en forma de utopía emocional individualista, que paradójicamente perpetúa un sistema amoroso de relaciones basado en la desigualdad.

Las historias de amor romántico siguen, aún, promoviendo una admiración por la masculinidad y la fuerza física, el éxito económico, la libertad, la independencia, todos rasgos asociados a la virilidad. Las mujeres encerradas y apartadas del mundo público admiraban de los hombres sus privilegios de género, sus habilidades técnicas, su desarrollo intelectual, su autonomía, su capacidad para cambiar las cosas y construir sistemas. Esta admiración femenina se torna en deseo de posesión del hombre y todo lo que él representa, disfrazado con las galas del amor romántico. Y es que tener a un hombre al lado ha significado, para muchas, la seguridad y estabilidad necesaria para fundar una familia, ya que hasta hace poco eran ellos los encargados de suministrar los recursos para las féminas que debían quedarse al cuidado del hogar.

Cuando a las mujeres burguesas se les prohibía trabajar, el único modo de adquirir bienes o de tener poder era el matrimonio heterosexual, una institución que liga a hombres y mujeres en pactos contractuales en el que cada uno aporta algo diferente. Ellas, afectos, ternura, cuidados y placer. Ellos, posición social y económica. Ellas aportaban su capacidad reproductiva y su rol de asistenta doméstica; ellos el dinero, la protección y los recursos.

No es de extrañar por tanto que dependencia económica y dependencia emocional vayan dadas de la mano bajo la fórmula te quiero-te necesito, el tú eres mía y yo soy tuyo. Las mujeres de las culturas patriarcales han sido educadas para asumir su inferioridad, para esperar, para aguantar, para amar incondicionalmente, para cuidar su imagen, ser bellas (condición indispensable para poder ser las elegidas), y sobre todo para aprender a sacrificarse por amor.

Paralelamente, los hombres han sido educados para asumir su obligación de aportar dinero a la casa familiar, y también para asumir su superioridad, para contener sus sentimientos, para sentirse libres, para tomar el mando, para alcanzar el éxito económico. También han sido educados para necesitar una mujer a su lado que lo nutra, que le limpie el uniforme de trabajo y el traje de los domingos, que le dé hijos,

que le cuide cuando enferma, y que lleve una vida en torno a sus necesidades, siempre dispuesta para agradarle. Son muchas las mujeres heterosexuales que han sacrificado su vida personal, su profesión y sus propias metas para propiciar el desarrollo profesional de sus maridos.

Antiguamente, por mandato expreso de la ley; actualmente, obligadas por la carga reproductiva que asumimos sin ayuda del Estado, y por la discriminación salarial y la desigualdad de oportunidades. Además, se nos seduce a través del amor romántico, que nos hace ver en sus happy end que el día más importante en la vida de una mujer es el de su boda con un hombre. El romanticismo patriarcal nos hace creer que debemos competir con otras mujeres, que tener un hombre al lado es todo lo que necesitamos para ser felices, y que lo importante es no perderlo, aunque para ello tengamos que olvidar nuestros sueños, aspiraciones y metas.

El sacrificio entendido como una capacidad propia de la naturaleza femenina ha mantenido a muchas mujeres en un eterno segundo plano con respecto a sus maridos. Cuando logramos incorporarnos al mercado laboral, el patriarcado reservaba para nosotras oficios relacionados con la belleza (azafatas, modelos, peluqueras, maquilladoras), el servicio doméstico (criadas, asistentas, camareras), la crianza y la educación (maestras, profesoras), la salud (enfermeras, cuidadoras), labores de limpieza e higiene, corte y confección, o tareas administrativas (secretariado, coordinación), todas ellas asociadas a las tareas del ámbito doméstico, y peor pagadas que las profesiones consideradas masculinas.

En la actualidad la división genérica de roles ya no es tan rígida como antaño, y por fin las mujeres hemos accedido masivamente a la educación y al mercado de trabajo gracias a la lucha feminista. El aspecto más negativo de esta "igualdad" es, sin embargo, que las mujeres tienen una doble jornada laboral; emplean ocho horas en trabajar asalariadamente, y otras tantas en las tareas domésticas y reproductivas, con lo cual viven sobrecargadas de trabajo y con muy poco tiempo para descansar. La falta de un espacio y tiempo propios pasa factura a la larga, porque sienten que su vida está dedicada a los demás (a las empresas e instituciones en las que trabajan, a los hijos, hijas y maridos) y muchas veces la dificultad de conciliar vida laboral, familiar y personal hace que posterguen su desarrollo profesional en pos de las necesidades del resto.

Afortunadamente, existen hombres que apoyan la batalla por la Igualdad, y son muchos los padres, hermanos y maridos que han apoyado la emancipación femenina, en la fábrica, en la oficina, en la calle y en el hogar. Progresivamente, aumentan los hombres que asumen las tareas domésticas como algo propio o compartido, que disfrutan de la crianza de sus hijas e hijos, y que apoyan los proyectos vitales de sus compañeras.

En algunos países los hombres pueden disfrutar del permiso de paternidad, a pesar de que es muy corto comparado con los países europeos del norte, y a pesar de que aún las empresas miran con recelo a los hombres que quieren disfrutar de su paternidad y acompañar y ayudar a su compañera tras el parto.

Y es que, a pesar de que el mundo laboral no permite la crianza plena de niños y niñas, algo está cambiando en las relaciones eróticas y afectivas entre hombres y mujeres; prueba de ello son las parejas que tratan de construir relaciones igualitarias y que

comparten por igual las tareas productivas y reproductivas. Más allá de la tradicional relación amorosa de dominación y sumisión, estas nuevas parejas trabajan en equipo, ayudándose mutuamente con el cuidado de niñas, y familiares enfermos o ancianos, las labores domésticas y el desarrollo profesional de ambos miembros, compartiendo el peso de las tareas de una manera equilibrada.

El ensalzamiento de la maternidad como una experiencia feliz y plena en revistas, documentales, series de televisión, novelas, etc debería de estar acompañado de un ensalzamiento de la figura paterna, y políticas que permitan a las mujeres y a los hombres criar a su prole. En los países nórdicos, por ejemplo, es más fácil ser mamá o papá. Las guarderías y ludotecas son baratas o gratuitas, las leyes permiten disfrutar de varios meses de baja para cuidar a los bebés recién nacidos, dan facilidades para atender a los niños y niñas cuando enferman o cuando tienen cita en el médico, y otorgan subvenciones por cada hijo/a. Las empresas permiten adaptar las vacaciones de adultos a las de sus hijos, flexibilidad de horarios, la posibilidad de trabajar desde casa, de pedir años de excedencia o vacaciones sin sueldo, entre otras. Ello permite que la gente se anime a tener hijos y que ambos puedan compartir las obligaciones y los disfrutes de un modo más igualitario y equilibrado.

Una forma de crear una sociedad más igualitaria sería poder construir redes de ayuda mutua y solidaridad más allá de la pareja, y empoderar a las mujeres para que puedan ejercer la profesión que deseen sin tener que sacrificarse por nada. Aún queda mucho camino por recorrer y muchas resistencias (femeninas y masculinas) que superar; pero es fundamental, creo, potenciar la autonomía de mujeres y hombres, y acabar con la discriminación laboral y económica que nos ata, a unas y a otros, a relaciones afectivas basadas en la dependencia mutua.

Las mujeres llevamos muchos años reclamando la conciliación laboral y familiar; ahora son los varones los que están comenzando a reivindicar sus derechos como padres. Hasta hace unas décadas, el *pater* era una figura distante y poco comunicativa; muchos niños se han criado temiendo la ira paterna, y deseando poder acercarse a abrazarlos sin miedo a molestar. Son muchos los colectivos de hombres que están luchando por tener espacio y tiempo para sus hijos e hijas, y creo que las mujeres debemos apoyar sus reivindicaciones porque son las mismas que las nuestras, y porque si el sistema económico y político estuviese organizado en torno a las personas y no a los intereses de unos pocos, todos tendríamos (abuelos/as, hijos/as y nietos/as) mucha mayor calidad de vida.

Nuestra cultura debería incluir también a las parejas de mamás y las parejas de papás que desean tener hijos. Para ello debemos permitir que el concepto de "familia" se expanda más allá del régimen heterosexual; son muchos millones de personas las que reivindican el derecho a criar niños y niñas sea cual sea su orientación sexual. Además, la mentalidad de legisladores y empresarios debería estar más abierta a la vida: la gente tiene derecho a disfrutar de su tiempo de vida, que es corto, tenga o no tenga hijos.

También deberíamos poder crear espacios comunes de crianza y educación , para que los niños y las niñas puedan socializar con otros niños y con otros padres, y para que papás y mamás puedan turnarse en el cuidado de los menores, de modo que puedan organizar mejor su tiempo. Dando más espacio a las necesidades de la infancia, podremos construir un mundo más amable en el que los niños no tengan que rellenar el

tiempo frente al televisor, y en el que ser mamá o papá no implique renunciar al desarrollo de la carrera profesional .

Necesitamos cambiar el modelo productivo y reproductivo, y para ello, la ciudadanía tiene que organizarse, las empresas han de asumir la responsabilidad social que tienen, y los Estados deben garantizar nuestros derechos. Derecho a tener padres y madres, derecho a tener hijos e hijas, derecho a cuidarnos unos a otros, derecho a conciliar el tiempo de trabajo y el tiempo de vida. Necesitamos construir un mundo en el que la gente pueda disfrutar de su paternidad o maternidad con libertad y sin trabas, en el que los abuelos puedan jugar con sus nietos cuando quieran (sin sentirse obligados por las necesidades de los hijos), en el que los niños y las niñas se críen rodeados de afecto y se sientan cuidados. Necesitamos, pues, un mundo en el que exista igualdad de derechos y obligaciones de madres y padres, y espacios y tiempos de crianza que hagan de la maternidad y la paternidad una experiencia “realmente” maravillosa.

Libros de la Autora

LIBRO "LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DEL AMOR ROMÁNTICO"



En "***La construcción sociocultural del Amor Romántico"*** no vas a encontrar la solución a todos tus problemas amorosos porque no es un libro de autoayuda, sino tan solo un **análisis cultural y sociológico en torno a la gran utopía emocional que recorre nuestra cultura.**

En el libro hablo de laevolución del amor romántico desde Grecia a nuestros días, de la adicción del amor y sus patologías, de los procesos orgánicos desatados en el proceso de enamoramiento y desenamoramiento, de su dimensión biológica, religiosa, económica, política y social. Analizo los mitos románticos para entender porqué amamos así y no de otra forma, para desmontar los estereotipos y los roles que nos ofrecen los relatos y que perpetúan la desigualdad entre mujeres y hombres.

Y es que en los relatos audiovisuales actuales se nos presentan siempre los mismos modelos idealizados, que nos transmiten como deberíamos ser según nuestra etiqueta de género, y como deberíamos amar y relacionarnos entre nosotros según los cánones impuestos por las normas sexuales y morales de cada sociedad.

Escribo sobre el matrimonio y el divorcio, sobre la sexualidad humana, las ideologías amorosas oficiales y alternativas, las diferentes formas de relacionarse erótica y afectivamente (modelos de amor no hegemónicos, y en ocasiones, clandestinos), analizo las diferentes formas de vivir el amor que nos impone la cultura según seamos hombres o mujeres, y desmonto la idea de quelo *natural* y lo *normal* sea la monogamia, la heterosexualidad, y la idea de la pareja como fin para reproducirse.

También he tratado de desmontar la mitificación del matrimonio como meta ideal a alcanzar, he incidido en la sujeción femenina y las consecuencias del patriarcado en los

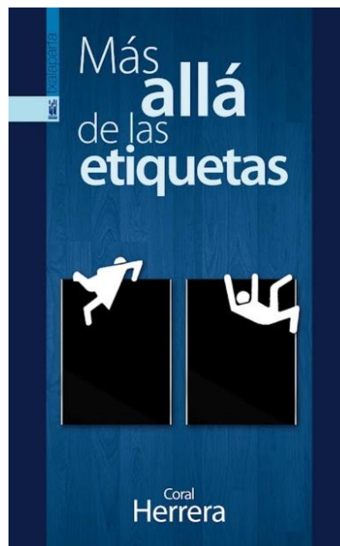
afectos y el deseo, y en la represión sentimental que coexiste con la utopía amorosa y que nos impiden vivir relaciones más liberadas de los corsés tradicionales, relaciones más valientes, más abiertas,menos basadas en la dependencia mutua, el miedo a la soledad, o en las luchas de poder.

Cuando los modelos tradicionales que asumieron nuestros abuelos y abuelas, o nuestras madres y padres ya no nos valen, creo que es necesario echarle imaginación y construir un modelo que expanda el amor al barrio, al pueblo, a la colectividad.

Porque la pareja no es la salvación de un mundo injusto, duro, desigual, pese a lo que nos cuentan en los ***happy ends***, y porque, como decía Erich Fromm, el amor no es hoy un fenómeno frecuente en nuestros días, porque las relaciones se basan más en la necesidad que en la libertad, en la búsqueda y en la frustración, en la insatisfacción permanente, al modo consumista.

Y pese a ello, la gente se sigue casando masivamente, y aumentan las ventas de los centros comerciales **el día de San Valentín, día precisamente en el que sale a la venta el libro en las librerías y en la web de la Editorial Fundamentos.**

Libro "MÁS ALLÁ DE LAS ETIQUETAS"



Los distintos movimientos de liberación –feminista, homo, lesbo, trans o queer– nos han enseñado el camino hacia una igualdad alejada de las clasificaciones conservadoras y universales. En lugar de buscar nuevas formas de clasificación, haciendo un recorrido histórico a través de las distintas formas de definir los géneros –hombres, mujeres y trans–, este libro nos invita a analizar los mitos implantados por el patriarcado, romper con todos esos roles impuestos por la sociedad, deconstruir los estereotipos, tomar conciencia de la riqueza de nuestras diferencias, intercambiar papeles, rebasar los límites, dar rienda sueltaal deseo, incluir la ternura en la aventura ocasional y atrevernos a expresar emociones. En definitiva, a aprender a vivir más allá de las etiquetas.

Los hombres no nacen; se hacen. Lo mismo sucede con las mujeres; somos un producto de la sociedad en la que habitamos. **A través de la cultura, la educación y la socialización aprendemos a *ser hombre* o a *ser mujer*;**nuestros gestos, nuestra forma de hablar y de movernos, nuestra manera de estar en el mundo y de entenderlo, nuestra sexualidad, la profesión que elegimos, nuestro uso del tiempo libre, nuestras creencias y emociones, están determinadas por estos condicionamientos de género.

Lo que ocurre es que **parecen invisibles porque están asumidos como*naturales*** (las mujeres son *débiles* por naturaleza, los hombres necesitan más variedad sexual que las mujeres, a las mujeres se les da mejor limpiar la mierda, a todos los hombres les apasiona el fútbol, a las mujeres lo que les gusta es agradar a su marido, a los hombres lo que les gusta es estar con sus amigos, etc).

Precisamente **en esta obra de lo que se trata es de poner en cuestión el concepto de lo *normal*, y analizar los estereotipos y los mitos que, pese a ser creaciones culturales, presentan la desigualdad entre los humanos como algo *natural*,** es decir, predeterminado por la biología.

Sin embargo, todas las etiquetas humanas son artificiales, y nuestros modos de pensar, de crear modelos a seguir, de entender la realidad y producir ficción están atravesados por una ideología hegemónica: el patriarcado. **Pese a que no todas las culturas humanas son patriarcales, sí es cierto que son mayoría en el planeta**, y que esta división de la sociedad en dos grupos opuestos ha creado sociedades desiguales, injustas, y crueles.

En la nuestra, el patriarcado ha obligado a las personas a construir su identidad ciñéndose exclusivamente y *para siempre* a una de estas dos categorías. Casi todos nosotros hemos crecido bajo unos imperativos muy rígidos en torno a **lo que *debe ser* un *hombre* y lo que *debe ser* una *mujer*.**

Esto ha influido en las relaciones sociales, afectivas y sexuales que tenemos entre nosotr@s, y **ha incidido de manera muy dañina en nuestros sentimientos, determinados en gran medida por las normas, tabúes, etiquetas y*obligaciones de género* en una sociedad dominada por la heterosexualidad y la bipolaridad.**

Este libro que os presento es una condensación acerca de las investigaciones en torno a cómo se construyen las masculinidades y las feminidades en la sociedad y la cultura. Mi objetivo a la hora de analizar las construcciones socioculturales de género es **acercar la teoría a la calle. Y en la calle, fuera del ámbito posmoderno, la realidad sigue estando enormemente polarizada.**

En nuestra cultura occidental seguimos creyendo y reproduciendo los estereotipos de*hombre viril* y *mujer femenina* como **modelos puros e ideales, pero por ello mismo inexistentes, dada la complejidad de la realidad humana. Este libro pretende mostrar cómo la feminidad o la masculinidad son construcciones**

identitarias que en el futuro podrían ser superadas, porque no nos sirven y están configuradas de una manera jerárquica y desigual.

En este libro me centraré en el género como factor de diferenciación porque creo, en la línea del pensamiento feminista libertario, que la lucha por la igualdad debe comenzar por la primera causa de división social, que es la que existe entre hombres y mujeres. **Por mucho que los procesos transformadores o revolucionarios pudiesen acabar con la diferencia de clases socioeconómica, nunca podría existir la plena igualdad, ni tampoco la libertad, en una sociedad en la que los hombres fuesen la nobleza y las mujeres los *otros*, como ha sucedido en la nuestra hasta hace bien poco.**

Así que en la lectura de esta obra haremos un **recorrido breve sobre los estudios de género y las luchas de mujeres y hombres contra el patriarcado**. Repasaremos cómo las luchas feministas lucharon por la liberación de los roles patriarcales y los estereotipos sexistas, y también nos asomaremos a la lucha LGTB de gays y lesbianas contra la tiranía de la heterosexualidad. Analizaremos el módo en que las mujeres se están empoderando lentamente, y también cómo se sienten los hombres ante este imparable avance femenino. También veremos cómo se desarrollaron los estudios de masculinidad desde la revolución sexual y como están empezando a liberarse de sus condicionamientos masculinos tradicionales. Reflexionaremos en torno a cómo se están beneficiando de la lucha por la igualdad, y sus formas de resistencia y participación en el proceso.

De este modo llegaremos a lo ***queer*****,** que responde a una necesidad de traspasar los límites, de explorar fronteras, romper estructuras, eliminar etiquetas. Lo *queer* incluye a todas las categorías invisibilizadas o al margen de la *normalidad* (transexuales, travestis, drags, hermafroditas, personas transgénero, rar@s, bolleras, locas, osos y osas...)

Hoy las identidades están en constante cambio, atravesadas por grandes contradicciones pero también por **amplias posibilidades de ser, de estar en el mundo y de relacionarse con los demás habitantes con los que convivimos.** Ante nosotros y nosotras se abre un extenso abanico de opciones, de posibilidades y de experimentos que nos permitirán acabar con las clásicas dinámicas de relación jerárquica basada en la lógica del amo y el esclavo, lo que mejorará, sin duda, nuestras relaciones eróticas y sentimentales.

La posibilidad de transgredir los límites de las fronteras, que han quedado obsoletas, nos permitirá, progresivamente, ir dejando atrás los modelos esencialistas de lo que deben ser los hombres y las mujeres. Es un cambio sin duda excesivamente lento, pero creo que imparable.

Estoy convencida de que el futuro es *trans*, y de que el género experimentará una fusión de múltiples ideologías identitarias en las categorías ontológicas de raza, sexo, lengua, religión u etnia, que van a experimentar procesos de hibridación. **El futuro será *queer*porque las fronteras entre los extremos más radicales (la mujer muy femenina y el hombre muy viril) están diluyéndose mientras chocan aún en el espacio social.** La androginia, los cambios de identidad de género, el travestismo, la moda unisex, irán imponiéndose conforme la tecnología avance y las mentalidades se multipliquen. Los polos opuestos acabarán fusionándose porque forman parte de una totalidad cambiante y con tendencia al mestizaje y a la multiculturalidad.

Será apasionante ir viendo, de aquí en adelante, cómo los roles se intercambian con facilidad, como las imágenes en torno a lo femenino y lo masculino se diversifican y se mezclan, y cómo el arte y la cultura comienzan a romper estereotipos tradicionales y a cuestionar las imposiciones míticas del patriarcado.

También podremos estudiar el modo en que estos cambios crearán relaciones más igualitarias entre hombres, entre mujeres y entre parejas heterosexuales, a pesar del miedo, las resistencias al cambio y los retrocesos. Por último, podremos acabar deseando que las luchas de poder se reduzcan a un juego en la cama, no a una constante cotidiana entre dos grupos humanos diferenciados.

Sólo habrá que tener los ojos bien abiertos… es entonces cuando podremos aprender a integrar las diferencias en un todo enriquecedor, y atrevernos a experimentar otros modos más igualitarios y libres de ser, de estar y de relacionarnos, más allá de las etiquetas….

http://haikita.blogspot.com/



Coral Herrera en las redes:

El rincón de Haika en Facebook

Coral Herrera en Facebook

@coralherreragom en Twitter

Coral en Google+

Contacto: **koriakino@gmail.com**